

Repertorio Americano

SEMANARIO DE CULTURA HISPANICA

Tomo XXXIX

San José, Costa Rica

1942

Sábado 31 de Enero

No. 2

Año XXIII — No. 930

Sumario:

La oración de Gettysburg Pablo M. Ynsfran
La oración de Gettysburg y Una carta Abraham Lincoln
El arte de hablar Lorenzo Vives
Dos cuentos infantiles Emmita Montenegro
Haya de la Torre, Fletcher y el Apra Héctor Medina Platas
El seguro social obligatorio Modesto Huete
Un llamamiento al pueblo alemán Thomas Mann
Características de la actual contienda Rafael de Buen
Levadura de gloria Graciany Miranda Archilla

Roosevelt R. Brenes Mesén
Respuesta al discurso de Stalin Emma Pérez
Viaje sentimental por el País de los Libros Guillermo Jiménez
Escolios a una apasionada revisión de Rodó (Con-
cluye) José Pereira Rodríguez
Versos nuevos J. J. Salas Pérez
El Diablo tiene un hijo R. Jiménez Alpízar
Nueva vida de Hernández Catá Juan Marinello.

La oración de Gettysburg

Por PABLO M. YNSFRAN

(De La Prensa, Buenos Aires, 9-XI-41).

Abraham Lincoln enriqueció la galería clásica de su lengua con dos gemas tan diminutas como inestimables: la oración de Gettysburg y la carta a la viuda de Bixby. La primera no alcanza a exceder de 266 palabras, treinta y cinco líneas, en manuscrito del autor, y la segunda apenas llega a catorce. En tan pocos renglones, trazados como remblorosa caligrafía, Lincoln condensó toda la tersura, toda la claridad y todo el *pathos* de su estilo y de su alma.

Aunque su carrera fue esencialmente la de un orador político, en sus discursos no hay rastros de ampulosidad ni de histrionismo. Son discursos que impresionan más bien por su extrema sobriedad retórica. Extraen su fuerza de su dialéctica. Lincoln devolvió al razonamiento una elocuencia apagada desde los días de oro de las gestas socráticas. Razonaba siempre, pero no para convencer sino para conmover. Cultivaba una lógica de emoción y para ello ponía en sus silogismos cierta estética de evangelio. Esgrimía un instrumento mental, pero buscaba el corazón, no la mente, de su auditorio.

En realidad estaba hecho de la madera de los pensadores místicos. Su poderoso intelecto y su extraordinario buen sentido sólo despertaban animados por una fé. Esta dió fuego a su naturaleza indolente y prestó a sus palabras una dignidad insuperable. Dice lord Bryce que los discursos de Lincoln "son partes de su vida", porque, en efecto, resuenan como actos de fé, más que como piezas oratorias.

La elocuencia lincolniana culminó con la oración de Gettysburg, pronunciada el 19 de noviembre de 1863 en la ceremonia inaugural de un cementerio dedicado a los caídos en la batalla que se libró en aquel lugar contra las tropas confederadas del general Lee, en julio del mismo año.

Los organizadores de la ceremonia sólo se habían limitado en un principio a invitar a Lincoln a hacer acto de presencia. Pero posteriormente decidieron consultarle acerca de si no aceptaría también la misión de pronunciar algunas palabras consagratorias del lugar, como jefe del poder ejecutivo.

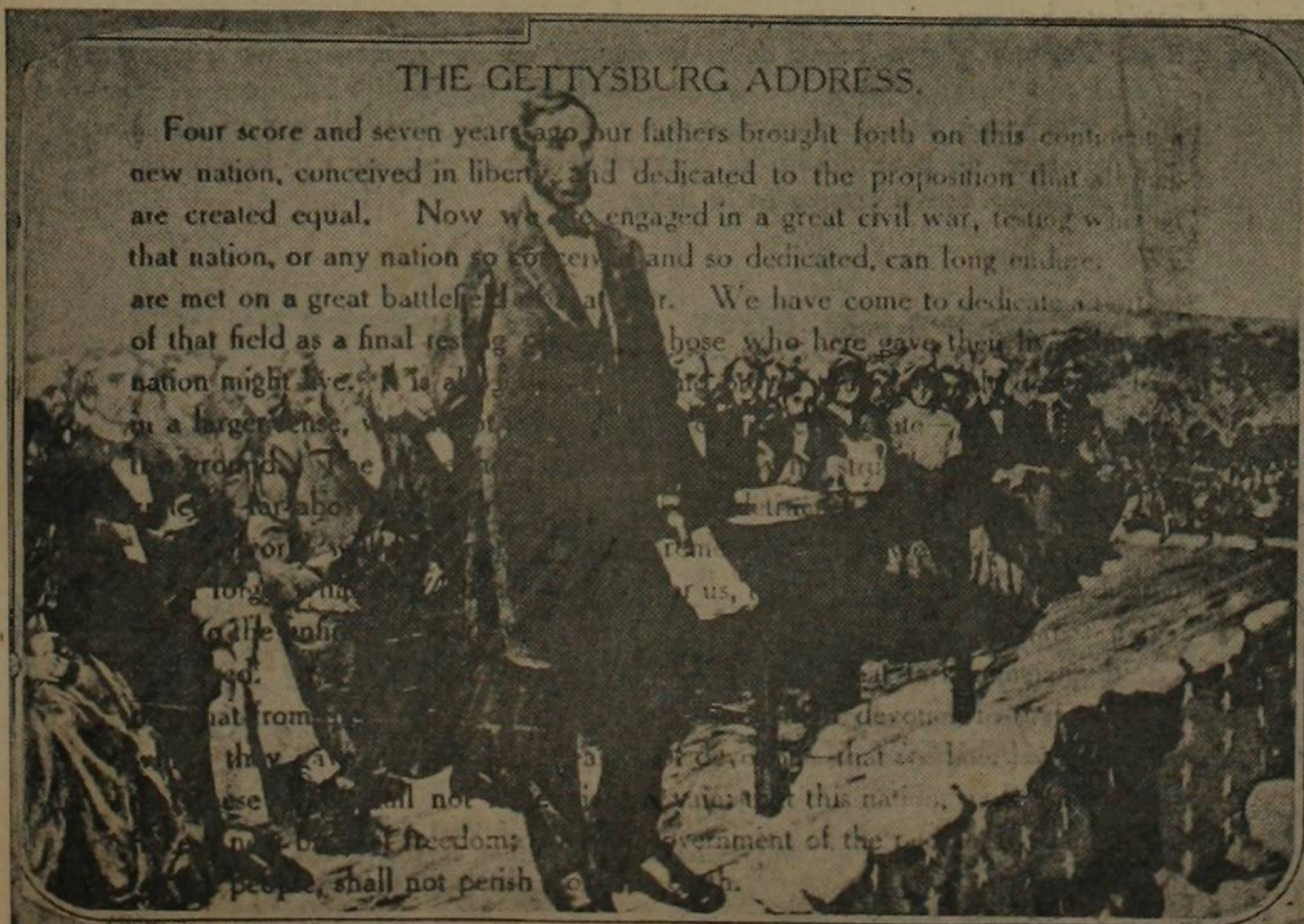
El verdadero orador sería Edward Everett, el más renombrado representante de la cultura académica del país. Everett reunía todas las cualidades necesarias para desempeñar con solemnidad la misión que se le asignaba. Miembro de una viaje y rica familia de Nueva Inglaterra, antiguo secretario de Estado, antiguo senador, diplomático hábil, el primero de los oradores clásicos de su tiempo, presidente de la Universidad de Harvard, profesor de griego, poeta laureado; a tantos y honrosos títulos y antecedentes sumaba una hermosa ancianidad física, realizada por la abundancia de sus cabellos blancos y sus ojos serenos y bondadosos.

Tanta importancia atribuyó Everett a su discurso, que pidió el plazo de un mes y medio para prepararse. Cuando concluyó su trabajo (que llenaba cerca de dos páginas del formato de un diario) envió anticipadamente una copia impresa del mismo al presidente Lincoln, quien al ver su extensión recordó una frase de Daniel Webster: "Los sólidos hombres de Boston no pronuncian largas oraciones". Pero subrayó que no había riesgo de que se produjera ninguna superposición de conceptos, pues lo que él (Lincoln) pensaba decir en Gettysburg era "corto, corto, corto".

Lincoln trazó en Washington el primer borrador de su discurso, pero no se mostró satisfecho de esta tentativa inicial. Dijo que sus ocupaciones no le daban tiempo para madurar algo mejor. No queda indicio, sin embargo, de que deshiciera lo hecho, y parece seguro, por el contrario, que llevó consigo aquel borrador en el tren que le condujo a Gettysburg en la víspera de la ceremonia. Durante el trayecto, en ocasión en que conversaba en un coche con un grupo de acompañantes—ante los cuales había soltado algunos de sus inevitables "cuentos"—se levantó de repente y declaró: "Caballeros, esto es muy agradable, pero la gente espera que yo les diga algo mañana y debo pensar en el asunto". Y se retiró hacia un departamento privado.

El tren presidencial llegó a Gettysburg el 18 de noviembre al oscurecer. Lincoln se alojó en la casa del juez Wills, donde ya se encontraba Everett. A las 10 de la noche subió a su habitación y se sentó a escribir. Poco más o menos a las 11, llamó al dueño de casa y le expresó su deseo de ver al secretario de Estado, Seward, que era huésped de una casa vecina. El juez Wills se ofreció a ir en su busca, pero Lincoln manifestó que iría él mismo. Tomó los papeles que tenía delante y salió a la calle.

Regresó poco después de medianoche. No se sabe si Seward introdujo alguna modificación importante en el borrador de Lincoln, pero todo



Abraham Lincoln está diciendo su memorable discurso de Gettysburg.

induce a suponer que desde aquel momento el trabajo estaba listo.

Una inmensa muchedumbre se reunió al día siguiente para presenciar la ceremonia. Algunos cronistas calculan que no bajaba de 50.000 personas. El presidente Lincoln llegó hasta el lugar a caballo, en compañía de su comitiva. Iba vestido de levita negra, y llevaba su famosa galera de copa, alta como una torre.

La ceremonia comenzó con una invocación religiosa del reverendo Stockton. Luego siguió el discurso de Everett, número principal del programa. Everett habló por espacio de dos horas. Empezó con una alusión al magnífico panorama que se extendía frente al auditorio, con las crestas azules de los Alleghanies como fondo, donde se había librado la batalla cinco meses antes. Se refirió al ritual funerario de los griegos con sus guerreros muertos. Pasó revista a los orígenes de la guerra civil que desgarraba al país y trazó un cuadro del encuentro de Gettysburg. Terminó vaticinando que en la historia de los Estados Unidos no habría página más brillante que el relato de aquel hecho de armas.

Seguidamente, un club de Baltimore entonó una alusiva a la ceremonia. Mientras se ejecutaba este número, Lincoln se preparó para llenar su parte. Se colocó las gafas, sacó un manuscrito de uno de sus bolsillos interiores y le dió una rápida ojeada. Después se lo volvió a guardar.

Terminado el coro, Ward Hill Lemon anunció: "El presidente de los Estados Unidos". Lincoln se puso de pie, extrajo el manuscrito que había examinado unos minutos antes y con voz firme leyó su contenido. El gobernador Andrew, de Massachusetts, copió las palabras del presidente en una libreta, y así llegó a comprobar que el orador, durante la lectura, había intercalado algunas palabras que no figuraban en el texto original.

El discurso duró cinco minutos. Concluyó cuando el auditorio creía haber escuchado apenas la introducción. Un fotógrafo se dispuso a tomar una instantánea, pero antes de que enfocara, el orador volvió a sentarse.

Hubo aplausos, pero evidentemente de obligado cumplimiento. La concurrencia no se percató ni remotamente de que las palabras que acababa de oír resonarían después como una de las hazañas más brillantes de la dicción humana puesta al servicio de la más justa de las causas.

El propio Lincoln declaró a Lemon (el anunciador) el mismo día, que su discurso había sido "un fracaso rotundo y que la gente estaba desengañada". La ofuscación política, por su parte, se empeñó en presentar la soberbia pieza como uno de los peores engendros del mal gusto presidencial. *El Chicago Times* dijo que "todos los norteamericanos debían enrojecer de vergüenza al leer las palabras necias y chatas del hombre tenido ante los extranjeros por presidente de los Estados Unidos", palabras que eran "una ofensiva demostración de vulgaridad y sandez". Un diario de Richmond declaró que con su discurso Lincoln había "actuado como un payaso". *El Patriot and Union* de Harrisburg esperaba que en homenaje al crédito de la nación "se echaría un velo sobre el discurso" y que "nadie lo volvería a repetir o acordarse de él". Hasta el corresponsal del *Times* de Londres informó a sus lectores que la ceremonia de Gettysburg quedó en ridículo "por algunas de las humoradas del pobre presidente Lincoln".

Pero estas flechas envenenadas de la mezquindad se estrellarían en vano contra el noble metal de la oración de Gettysburg. Uno de los primeros en apreciar su valor altísimo fué Edward

Everet, el venerable orador oficial, quien al día siguiente de la ceremonia escribió a Lincoln: "Me complacería poder liasonjearme con el pensamiento de que en dos horas me aproximé a la idea central de la ocasión como usted lo hizo en dos minutos". La respuesta del presidente Lincoln fué un dechado de sincera llaneza: "Ayer, en nuestros respectivos papeles, no se le podría haber excusado a usted el pronunciar un discurso breve, ni a mí uno largo. Me siento complacido en saber que, a su juicio, lo poco que dije no fué enteramente un fracaso".

El Detroit Advertiser and Tribune elogió el discurso de Everett, pero haciendo la salvedad de "quien desee penetrar en el verdadero espíritu del día y apreciar el espontáneo rasgo conmovedor que anima al hombre sincero y de mente sencilla, debe pasar de los majestuosos períodos del orador oficial (Everett) al breve discurso del presidente". *El Providence Journal* comentó: "No sabemos dónde encontrar un discurso más admirable que el breve pronunciado por el presidente después de Mr. Everett. ¿Podría la más esmerada y espléndida pieza oratoria superar la belleza, la emoción y la fuerza inspiradora de las palabras del presidente?" *El Springfield Republican* reconoció: "El discurso es hondo en el sentimiento, compacto en el pensamiento y en la expresión, y elegante y de buen gusto en cada palabra... Los honores retóricos de la ceremonia fue-

ron ganados por el presidente Lincoln... Volved a leer el discurso, y os servirá como el más acabado modelo".

El tiempo no ha hecho sino confirmar estos juicios del primer momento. Lord Bryce, en la introducción a los *Speeches and Letters of Abraham Lincoln* (volumen 206 de *Everyman's Library*) no cree que los discursos de Lincoln puedan "servir como ejercicios de declamación en las escuelas o deban ser entregados a los estudiantes a título de modelos de composición". El eminente crítico se excede un poco en su severidad, pero en último análisis no deja de reconocer que en los discursos de Lincoln no hay "ornamentos superfluos", "nada charro, nada ocioso", y sobre todo, cuando llega a la oración de Gettysburg, no puede menos de rendirse ante la sobria y diáfana armonía del estilo.

Dice lord Charnwood, uno de los más autorizados biógrafos ingleses de Lincoln, que la oración de Gettysburg "durará lo que dure el idioma inglés". Pero tal vez deba añadirse que durará lo que dure la noción de la dignidad en los vínculos humanos. Aunque enunciada en su idioma original tiene matices maravillosos que nunca podrán trascender de las fronteras de aquél, la oración de Gettysburg repercutirá siempre, en todas las lenguas, con la resonancia del voto más elocuente que se haya formulado por el imperio de la justicia como norma esencial de gobierno.

Las palabras de Lincoln en Gettysburg, el 19 de noviembre de 1863

Hace ochenta y siete años nuestros padres fundaron en este continente una nueva nación, concebida en la libertad y consagrada al principio de que todos los hombres nacen iguales.

Nos encontramos ahora comprometidos en una gran guerra civil que probará si esa nación, o toda otra concebida y consagrada como ella, puede perdurar. Nos hemos reunido en un vasto campo de batalla de esa guerra. Hemos venido a dedicar una parte de él como última morada de los que aquí dieron sus vidas en aras de la existencia de esa nación.

Nada más justo y apropiado que hagamos esto. Pero, en sentido más amplio, nosotros no podemos dedicar, no podemos consagrar, no podemos santificar este suelo. Muy por encima de nuestras menguadas fuerzas para añadir o quitar, lo consagraron ya los valientes varones, vivos y muertos, que aquí lucharon. El mundo notará poco y no recordará por mucho tiempo lo que aquí digamos, pero nunca olvidará lo que ellos hicieron. A los vivos nos incumbe más bien consagrarnos a la obra inconclusa tan notablemente impulsada por los que aquí combatieron. A nosotros nos incumbe consagrarnos a la magna tarea que nos queda por delante; que recibamos de estos muertos en honra, mayor devoción por la causa a la cual ellos se entregaron con máxima devoción; que aquí resolvamos solemnemente que no prodigaron sus vidas en vano; que esta nación, bajo el amparo de Dios, vuelva a ver la luz en un renacimiento de libertad; y que el gobierno del pueblo, por el pueblo y para el pueblo, nunca perezca en la tierra.

La carta de Lincoln a Mrs. Bixby, el 21 de noviembre de 1864

Estimada señora: Me han mostrado en los legajos del Departamento de Guerra una declaración del Ayudante General de Massachusetts en que consta que es usted madre de cinco hijos muertos gloriosamente en el campo de batalla. Comprendo lo débil e infructuosa que debe ser toda palabra de mi parte enderezada a distraerla de su pesadumbre por tan abrumadora pérdida. Pero no quiero dejar de ofrecerle el consuelo que puede hallarse en la gratitud de la República, por cuya salvación ellos murieron. Ruego a nuestro Padre celestial que mitigue la angustia de su duelo y le deje solamente la memoria venerada de los amados muertos, y el solemne orgullo, que usted debe alentar, de haber ofrendado tan costoso sacrificio en el altar de la libertad. Muy sincera y respetuosamente suyo ABRAHAM LINCOLN.

(En una de las paredes del Brasenose College, de la Universidad de Oxford, Inglaterra, está transcrita la carta antecedente como un modelo del más puro inglés).

Dos cuentos infantiles

(En el *Rep. Amer.* Envío de Emma Pérez, que nos dice: "Le mando unos cuentos de mi hija, que en estos días publica un libro titulado *Mis duendecillos*, y tiene ocho años").



Emmita Montenegro,

hija de la poetisa y educadora Emma Pérez y del cuentista Carlos Montenegro

Una aventura de Nomán

Cierta vez Nomán, que es mi duende, fué a pasear. Era primavera. Las hojas resplandecían, verdes y luminosas y las flores, rojas y bellas, llamaban a las mariposas y a las abejas.

Una mariposa muy extraña, pues era verde, fué a posarse en la flor que Nomán estaba admirando. A Nomán le gustó mucho la mariposa y fué persiguiéndola, persiguiéndola y persiguiéndola.

La mariposa lo llevó lejos, lejos. Y Nomán la siguió hasta un bos-

que. En él las flores, hojas, troncos y hierbas resplandecían de un modo fantástico. Nomán, una vez allí, perdió de vista a su perseguida.

Pero pronto la vió parada en el tallo de una violeta. Atraído y contento, vió con alegría suya que la mariposa no se movía y así la cogió. Pero ¡qué desengaño! No eran más que dos pequeñas hojitas jimaguas que se confundían con una mariposa verde.

La gota elevadora

Un día de lluvia, Nomán, que es el viejo padre de Nomán y tiene una barba larga y blanca como si fuera de algodón, dijo a su hijo: "Qué calor hace, verdad No-

mán?" Y Nomán contestó: "¿Calor? Si tienes calor, ya verás." Y corriendo hacia la puerta, bajó las escaleras y se subió en una gran piedra de la calle. En la piedra ha-

bía un hueco lleno de agua. En esa agua fué a caer una gota, pero Nomán, yo no sé cómo, la detuvo y agarrándose a ella (repito que yo no sé cómo), la cogió de paracaídas.

Mas, en vez de bajar, la gota le que hizo fué subir. Nomán llevaba un abriguito que yo le hice. Muy abrigado, llegó a una gran altura y allí la gota se convirtió en granizo. Treparando por ella, Nomán se le sentó encima. Entonces la bolita de hielo fué para abajo, para abajo; pero Nomán ignoraba esto: cuando el granizo baja, se convierte de nuevo en gota. Así vió con sorpresa que su asiento se iba derritiendo, derritiendo. "¡Qué extraño!"—dijo. Y cogiendo otra vez a la gota de paracaídas, volvió a la piedra de la calle.

Pronto Nomán subió las escaleras de mi casa, muy triste porque no había podido traer hielo para refrescar a su padre.

Otro desengaño de Nomán.

EMMITA MONTENEGRO
(8 años)

Haya de la Torre, Fletcher y el Apra

Por HÉCTOR MEDINA PLANAS
(En el *Rep. Amer.*)

El Profesor William G. Fletcher, miembro del Departamento de RR. EE. de la Universidad de Yale y de la Foreign Policy Association, después de un viaje especial a ver a Haya de la Torre, ha escrito sobre el significado del APRA (Alianza Popular Revolucionaria Americana) y expresa varios conceptos muy dignos de ser conocidos y tomados en grande cuenta. (1)

Tenemos en nuestra mesa de redacción lo escrito por Mr. Fletcher, quien hace notar que hay quinzas, seiscientos mil (600.000) partidarios leales del líder peruano. Haya ganó con lujosa mayoría las elecciones presidenciales en 1931, pero su ascenso al poder le fué burlado por el elemento oficial y vino el *coup d'Etat* de Sánchez Cerro; desde aquella fecha se encuentra virtualmente escondi-

(*) Véase *The Inter-American Quarterly*, p. 14. Washington, D. C., october, 1941.

do y huyendo dentro de su propio país; así pasó durante la administración del General Benavides y lo mismo pasa hoy en el gobierno de Prado; en varias ocasiones encarcelado, con peligro inminente de la vida.

Mr. Fletcher "buscó a Haya en julio y agosto de este año y pasó tres noches en conversación con él. Para usar las palabras con que el propio escritor lo juzga, las copiamos: "El líder es brillante, analítico en pensamiento, fluente en expresión y persuasivo. Lejos de encontrar un hombre que sospecha de Estados Unidos y que les tenga mala voluntad, uno lo encuentra ansioso de persuadir al norteamericano de su sinceridad y desea ganarlo para su causa". Al través de este juicio aparece la superioridad de Haya de la Torre, y su ser ecuaníme, en medio de tanto obstáculo y persecución.

Dice Mr. Fletcher: "A los políticos de

EE. UU. debe, por necesidad, concernirles Haya y sus ideas. El movimiento es sobre manera importante en sus implicaciones y se encuentra tan extendido que no permite una política de ignorancia oficial, por más tiempo. Cuando serenamente se analiza, el el APRA es para EE. UU. uno más de la larga serie de perplejos dilemas puestos frente a los objetivos de nuestra política con América Latina".

Para el líder peruano es algo muy difícil de entender, como lo es para la generalidad de los hispanoamericanos: esa dualidad del Presidente Roosevelt, por una parte combatiendo a favor de las Democracias en Europa y Norteamérica, y por otra, favoreciendo las tiranías criollas y haciendo buenas migas con los jefes de ellas, hasta el caso de abrazarlos con efusión. Fletcher reconoce que sería difícil encontrar quién, en Estados Unidos, no esté de acuerdo con Haya, pero que los intereses ideológicos entran en este caso, en conflicto directo con los económicos y las miras estratégicas.

En cuanto al conflicto con los primeros, vemos claro que los intereses del capitalismo americano están en el sentido de sostener aquí, tiranías que no den lugar a que se exprese la opinión pública, y poder así, mediante arreglos directos con los gobiernos, ensanchar sus negocios agrícola-mineros sin discusión pública, sin organizaciones obreras, sin huelgas, ni protestas de ninguna clase. Las experiencias en los mismos Estados Unidos y en México, les bastan para saber que allá hay que reducir mucho las ganancias en beneficio de una distribución más equitativa. No deben entenderse nuestros conceptos como vedada manifestación de ideologías extremistas: nuestra filiación liberal-democrática, nos coloca en el campo de los que sustentan que para la armonía y cabal desarrollo económico es necesario establecer el ritmo entre tierra y productos naturales, trabajo, capital e inteligencia: La pirámide ocupacional compuesta de tan diferentes capas o estratos, ha de cuidar esmeradamente sus bases para una vida sana y fecunda. Pero

John M. Keith & Co. S. A.

San José, Costa Rica

AGENTES Y REPRESENTANTES DE CASAS EXTRANJERAS

Cajas Registradoras NATIONAL (The National Cash Register Co.)

Máquinas de escribir ROYAL (Royal Typewriter Co., Inc.)

Muebles de acero y equipos de oficina (Globe Wernicke Co.)

Implementos de Goma (United States Rubber Export Co.)

Máquinas de Calcular MONROE

Refrigeradoras Eléctricas NORGE

Refrigeradoras de Canfín SERVEL ELECTROLUX

Plantas Eléctricas Portátiles ONAN

Frasquería en general (Owens Illinois Glass Co.)

Conservas DEL MONTE (California Packing Corp.)

Equipos KARDEX (Remington Rand Inc.)

Maquinaria en general (James M. Motley, N. Y.)

JOHN M. KEITH Socio Gerente RAMON RAMIREZ A. Socio Gerente

sin el pleno ejercicio de los derechos civiles y políticos, no hay oportunidad para el reclamo; y en este caso, quienes mandan y se aprovechan, por razones de la misma psicología humana, se extralimitan, practicando una conducta unilateral.

En cuanto a las miras estratégicas de que habla el Profesor Fletcher, no alcanzamos el sentido, porque para nosotros, salvo muy exceptuados casos, no hay dilema: Estamos con el pueblo americano y su gobierno, aunque objetemos ciertos aspectos de su política. El totalitarismo no podrá florecer en Iberoamérica, porque aquel es un concepto místico del Estado como lo concibiera Hegel, divinizándolo en su esencia y manifestaciones; de manera que por ese camino se llega al origen divino del poder de los reyes: a nosotros ese origen se nos da un ardite: concebimos el Estado como una organización social, netamente humana, bien es cierto que obrando con el impulso de leyes bióticas y psíquicas desconocidas y sujeto a ellas: La ciencia trata de descubrir estos misteriosos; y en cuanto a este aspecto, podríamos aceptar que es la Providencia, el motor que lo empuja, y la guía que lo encarrila. El totalitarismo es impracticable en Iberoamérica, porque además tiene aparejada la manía del etnocentrismo, que sólo se desarrolla integralmente en fortísimos grupos de población uniforme, que no tenemos aquí. Eventualmente podría presentarse situación tal en E.E. U.U. y Argentina que han realizado el trasplante ario a América; mas, siendo que en esos países, se han fundido como en un crisol muy diversas razas europeas, no sería posible la exaltación de la doctrina racial. En cuanto a nosotros, mestizos en diversas proporciones de cuatro razas troncales y sus múltiples variedades, no encaja el etnocentrismo.

Descartadas las piedras angulares de aquel sistema político, no les queda a nuestros descabellados *monócratas de a alto*, más que la brutalidad en el ejercicio del mando; la irresponsabilidad para hacer y deshacer a su capricho, y la amplísima y bella oportunidad, para ellos, de mangonear en las cajas de la Hacienda pública.

El Profesor dice que después de una cuidadosa lectura de los escritos y plataforma de Haya, se deben hacer algunas reservas. Agrega que contra la simpatía ideológica basada en la común fe democrática, uno debe pesar varios y muy prácticos factores, y pone este ejemplo: "Si el Presidente Roosevelt hiciera mañana por radio una declaración llamando a los pueblos de América Latina a la revolución con el programa del APRA, ¿cuál sería el resultado? El partido no tiene armas. El ejército respaldaría a los gobiernos. Para el futuro inmediato que para nosotros en Estados Unidos es el tiempo de necesidad, la delicata a estructura de la solidaridad interamericana, sería irrefragablemente destrozada".

Con la premisa que sienta el Profesor, nadie negaría la legitimidad de las conclusiones; pero no nos parece adecuado el ejemplo, porque el APRA no esperaría, que nosotros sepamos, cooperación en esa forma ni otra semejante. Tenemos conocimiento de que Haya de la Torre pide la "creación de un organismo permanente de resguardo democrático" compuesto de delegados de ambas Américas, con funciones que establecería un Congreso interamericano, y que actuaría como Tribunal Arbitral para los casos de diferencias de interpretación o conflictos constitucionales que afecten las libertades democráticas.

De todas veras nos unimos al Plan

ANTONIO URBANO M.

EL GREMIO

TELEFONO 2157

APARTADO 480

Almacén de Abarrotes al por Mayor

SAN JOSE, COSTA RICA

Haya de la Torre. En los países caribeños hay una sorda protesta por a intervención velada que se traduce en un apoyo efectivo a los dictadores; y como un cargo absolutamente concreto, en Centro América, se ha hecho el de que por sobre los tratados vigentes, el Presidente Roosevelt respalda las dictaduras que hoy nos favorecen.

Vigente en la época en que se entronizaron las principales dictaduras de Centro América, estaba el pacto internacional suscrito en Washington el 7 de Febrero de 1925, cuyo Art. V dice: "Las partes contratantes se obligan a mantener en sus respectivas Constituciones el principio de no reelección del Presidente y Vicepresidente de la República, y aquellos en cuyas Constituciones se permita esta reelección se obligan a provocar esta reforma constitucional, en ese sentido, en la próxima reunión del Poder Legislativo, después de ratificado el presente Tratado". A pesar de que este pacto estaba bajo la garantía moral de Estados Unidos, el presidente Roosevelt lo desestimo para seguir una política del todo contradictoria.

El Profesor Fletcher dice que "Haya de la Torre ha puesto un problema a Estados Unidos". Agrega: "Si el pudiera tener éxito inmediato con nuestro apoyo, es concebible que los principios verdaderamente democráticos serían puestos en práctica

en uno y probablemente en más países donde hoy no son reales. Pero las oportunidades son insignificantes: un fracaso en llevar a Haya al poder destruiría por entero la política del Buen Vecino; más todavía, si Estados Unidos y el movimiento *aprista* son no oficial ni correspondientes amigos, la amistad se basaría en un egoísmo recíproco. Cuando la "defensa del hemisferio", el más urgente motivo de amistad, no fuera adelante una exigencia, el primer tropiezo en la conducta de buena vecindad, podría convertir nuestro amigo en enemigo una vez más".

Las conclusiones que sacamos del último párrafo del Profesor Fletcher son dos. a) Que la política del Buen Vecino, solo podía cimentarse y practicarse en verdad, cuando los países iberoamericanos hayan obtenido un mayor grado de cultura y fuerza, y en Estados Unidos, esta buena vecindad sea un sentimiento cabal en todo el pueblo; de manera que fuerce a sus hombres de gobierno a una actitud clara; por ahora, nadie responde de que al terminar la guerra esta política se trueque en la opuesta. b) Que los dictadores de Iberoamérica, no quedarán seguros en sus puestos después de terminado el conflicto: un nuevo orden tiene que venir y rodarán en pedazos muchas columnas en que se monta el artesanado de la cultura occidental.

El seguro social obligatorio

Por MODESTO HUETE

(Colaboración)

Desde hace muchos años venimos legislando en Costa Rica con un marcado sentido de progreso y, a las veces, muy cuerda y sabiamente sobre todos aquellos aspectos que afectan a un pueblo de instituciones democráticas y liberales, sobre todos los aspectos, excepto en cuanto aquél que constituye, por decirlo así, el fundamento mismo de la existencia humana, el más trascendental, el importantísimo, el biológico por antonomasia, el aspecto social de la propiedad.

Cuando se piensa en que hasta ahora la hemos ido pasando despiadadamente sin recurrir a un remedio tan a la mano, tan conocido y experimentado como los seguros sociales obligatorios, y que esto ha venido ocurriendo en un país de miseria endémica, profunda, pavorosa, se siente gran pena.

Tal ocurre porque hemos tenido en los últimos tiempos muchos señores mandatarios de fatídico corte rutinario y cajonero. Su absoluta falta de imaginación produce hondo fastidio,

cansancio incurable. Todos son municipales, cada uno de ellos es el epitome y personificación de un Municipio cantonal con sus síndicos y demás menudencias. Sus virtudes son de orden estrictamente casero, las de cualquier hijo de vecino, y andamos muy cuerdos en no prodigarles estatuas. Es cuestión de buen gusto, ya que nos resultaría muy engorroso, muy poco lucido, explicar a los de afuera la razón de ser de esos monumentos. Las virtudes del inmortalizado nos resultarían negativas. No hicieron, resueltamente, dejaron de hacer. No robaron, no persiguieron, no se echaron sobre las libertades tradicionales, no se entronizaron en el poder y por último, y esta es la verdadera tragedia de tanta inercia, no atentaron contra el derecho supremo de sus gobernados de vivir en fatídica, infamante miseria. Ciertamente que no merecen ninguna simpatía porque no puede aseverarse que gobernaron con prudencia, que es como Dios manda, sino con timidez, y es cosa averiguada y sabida que

todo lo que se hace con timidez o por timidez, resulta torcido y maltrecho. No la merecen porque han sido hombres de claro intelecto que han comprendido perfectamente los problemas de la laceria y la urgentísima necesidad de buscarles pronta y eficaz resolución, pero que no actuaron porque su sensibilidad estaba embotada y por ende no sentían sino tibiamente el desbordante dolor de una inmensa parte de sus conciudadanos. Se alega con inteligible sentido realista que la pobreza es un mal necesario, cuya curación debe dejarse al tiempo. Quizá sea lo más cómodo aceptar que eso sea así, pero de ninguna manera puede predicarse lo propio de la abyecta miseria que es tan repugnante como fácil de remediar, y que si se ha enseñoreado del mundo desde los albores de la existencia es porque la especie de los hombres anda muy flaca en punto del elemento divinamente humano de la imaginación.

Una miseria escandalosa, exasperante y ruin ha sido siempre la más grande y difundida enfermedad del cuerpo y del alma de tan gran proporción de los costarricenses, que intentar adentrarse en guarismos produce indescriptible desazón.

No se debe confundir la pobreza con la miseria, son cosas muy distintas y hay que diferenciarlas cuidadosamente si se quiere comprender la enorme importancia de la Ley del Seguro Social Obligatorio. Holguémonos en pensar con íntima fruición en lo que significaría trocar el hogar del miserable que es necesaria e invariablemente abyecto, por la honesta morada del pobre, dentro de la cual la dignidad y al alegría de vivir hallan cabida. Vislumbramos al instante una patria grande, digna, noble.

Ya no se estiman como civilizados, y en efecto están muy lejos de serlo, los países que no han resuelto los problemas agudos de la extrema pobreza, que es lo que constituye la miseria.

En fechas cercanas el costarricense se sentía lastimado en sus sentimientos patrióticos cuando, ruborizándose, tenía que confesar a los extranjeros que, por absurdo que eso pareciera, carecíamos en absoluto aún de la más rudimentaria legislación social. En realidad la redentora medida se ha adoptado tan tardíamente que tal pareciera como si ese caballero de fina inteligencia y corazón entero, nuestro Presidente Calderón Guardia, hubiera sido predestinado para dictar la que bien puede llamarse Carta Magna de nuestra legislación social: el Seguro Social Obligatorio, que no cede de ninguna manera en importancia a nuestra avanzadísima Ley de Educación Común, de la que estamos tan justamente ufanos. Habíamos organizado bien y oportunamente las cosas del espíritu con pecaminosa omisión de las que atañen al pan.

La Ley del Seguro Social Obligatorio es tan vasta, tan comprensiva en sus alcances de bien público, que aun la contribución del patrono, que a primera vista parece ser a título gratuito, redundará en su inmediato beneficio, porque a menos que no sea un monstruo, y el tipo medio del patrono no es un monstruo, debemos presumir que ha estado cumpliendo con la ineludible obligación moral de auxiliar pecuniariamente a su empleado, para ayudarlo a sobrellevar las más apremiantes y angustiosas vicisitudes del pasar, y que son taxativa y precisamente aquellas que contempla el seguro social obligatorio. Pero hay algo más importante y tangible: los patronos ipso facto quedan exonerados de contribuir por muchos conceptos a la desdichada beneficencia organizada, que es sin duda la forma más cruel y denigrante de socorrer a los menesterosos. La

caridad plañidera, llorosa y menguada, ha venido a ser reemplazada por una digna cooperación en que no habrá ni protectores ni protegidos: habrá justicia.

Hay una sola protección que no empequeñece, que no humilla, que no infama: la de Dios!

No es insensato que un hombre pueda proteger a sus semejantes. ¿Por ventura el Creador hizo dos hombres distintos, el protector y el protegido?

Es tan ciegamnete fanático el respeto por todo aquello que afecte o pareciera afectar en lo mínimo la riqueza de los costarricenses, sus sacratísimos, irrestrictos derechos de propiedad, su egoísmo de verdaderos campesinos normandos, que esta cuerda y benigna medida del Seguro Social, que nada tiene de revolucionario, nos llega con medio siglo de retraso y ha sido presentada con notoria timidez, con mil prevenciones, y no es aventurado decir que casi ofreciendo excusas por la aparente osadía.

Afortunadamente al procedimiento cauteloso ha seguido la actuación decidida y firme del gobernante, y no se sabe qué alabar más en el Presidente Calderón Guardia: si la paternidad de esa sabia y humanitaria ley o su determinación y gran tino al hacerla efectiva, como lo demuestra palpablemente la hermosa realidad de que la Gerencia y el Primer Directorio de la Caja del Seguro Social hayan sido integrados con maravilloso acierto con elementos de mayor valía en la República.

El capital grande o chico, de alma de conejo, pleno de suspicacias morbosas, con sus incontables proteiformes temores, ve con zozobra mal disimulada la nueva legislación, que se le antoja que puede rozar las bases mismas de la institución de la propiedad. ¿Que esto es absurdo? El miedo siempre es absurdo. Será pues, menester explicar con palabras al alcance de los niños, que se trata simplemente de un pequeño tributo rutinario como el aduanal, el comercial, los municipales, que en nada afecta las crueles prerrogativas de los menos, de poseer, de acaparar, de explotar sin tasa ni medida a los más, a la innúmera comparsa.

Hablando directamente al bolsillo del patrono, cabe recordarle que esta es una magnífica inversión, porque sus empleados trabajarán más y con mayores resultados cuando se hallen, dentro de lo posible, exentos de los temores que más incapacitan, los que corroen las energías como un ácido, los cuales son sin duda alguna los terribles que engendran la miseria, la enfermedad y la muerte.

Debe tenerse por descontado que a los trabajadores, que obviamente constituyen la inmensa mayoría de los habitantes del país les parecerá mentira que sea verdad tanta belleza, y habrá que acostumbrarlos, poco a poco, a ideas tan nuevas, tan tremenda y espantosa-

Un llamamiento al pueblo alemán

(Es un recorte, texto inglés; envío de José Manuel Peralta, Grecia, Costa Rica)

(La Brithis radio transmitió en alemán este llamamiento de Thomas Mann. También lo registró el Columbia Broadcasting System, en Hollywood).

Alemanes que me escucháis, quien hoy os habla, ha sido, en el curso de su larga vida, lo bastante afortunado para hacer algo por la reputación intelectual de Alemania. De lo que estoy complacido, pero de lo que no tengo derecho a enorgullecarme, porque ha sido cosa del destino y de mí no dependió.

AHORRAR

es condición sine qua non de una vida disciplinada

DISCIPLINA

es la más firme base del buen éxito

LA SECCION DE AHORROS

— DEL —

Banco Anglo Costarricense

(el más antiguo del país)

está a la orden para que Ud. realice este sano propósito:

AHORRAR

mente avanzadas, atrevidas y casi heroicas, ¡humanidad puerca y mal oliente! como la de que si se enferman habrá quien los cure en vez de dejarlos perecer como perros; como la de que si se les quiebra un hueso que no se suelda, o las enfermedades los dejan baldados y ya no pueden ganarse el sustento, eso no significa fatal y necesariamente que tengan que sufrir infinitas miserias perdurables; como la idea de que la vejez trae por fuerza la muerte lenta en el más espantoso desamparo; como la de que cuando no haya quien compre lo único que pueden vender: la mercancía trabajo, porque ésta esté abarrotada, no por ello se les negará el derecho de comer para un simple existir. Y lo que es más, ¡oh maravilla de maravillas! sus padres, sus hijos, sus compañeras podrán vivir, ¡santos cielos! podrán vivir como si realmente fueran seres humanos.

En razón de que el seguro viene a llenar positivas, agudísimas necesidades sufridas desde hace años incontables; y porque está llamado a llenar necesidades de orden rigurosamente biológico, las gentes en muy poco tiempo se acostumbrarán a disfrutar de sus bendiciones como de la cosa más natural del mundo, como del aire que respiran, como del agua que beben, y se preguntarán azoradas si no era un sarcasmo macabro llamar civilizado a un país que ni siquiera garantizaba a sus habitantes un humilde pan cotidiano.

Ningún artista ha realizado su trabajo con el intento de acrecentar la gloria de su país. La fuente de producción es conciencia individual. A vosotros, alemanes, no os toca darme las gracias por mi obra, aun cuando lo deseáis. Así es. No se realizó a causa de vosotros sino por íntima necesidad.

Pero hay una cosa que sí se ha hecho a causa de vosotros, que se ha desarrollado de la conciencia social y no de la personal. Día a día estoy más y más convencido de que llegará el momento, y, en realidad, ya está a un

paso, en que vosotros por eso me daréis las gracias y lo apreciaréis más que mis cuentos y libros. Y fué lo que yo os advertí, cuando todavía no era muy tarde, contra los poderes depravados que hoy os mantienen uncidos y que os conducen a través de innumerables fechorías a una increíble miseria. Lo supe entonces. Me di cuenta de que nada más que catástrofe y miseria para Alemania y Europa provendría de su inexplicablemente innoble naturaleza, en tanto que la mayoría de vosotros estábais viendo en ellos fuerzas de orden, belleza y dignidad nacional — ciegos como estábais hasta el punto de que eso ha llegado a ser ya increíble para vosotros mismos.

¿No estamos obligados a pensar las palabras de Goethe acerca de la adicta nación alemana que se siente sublime sólo cuando toda su dignidad se ha ido al suelo? Os conozco demasiado, mis buenos alemanes. Estaba enterado de vuestro engaño en tratándose de vuestro honor verdadero y dignidad. Así, en octubre de 1930, di uno pasos en el escenario político, contra mi modo de ser, y en el Salón Beethoven de Berlín, ya interrumpido por los rebuznos de los bribones nazis, hice un discurso que algunos de vosotros posiblemente recordaréis y que titulé una apelación a la razón, a la vez que fué un llamamiento a cuanto hay de bueno en los alemanes. Este discurso es hoy más satisfactorio para mi conciencia, infructuoso como el esfuerzo que se trató de hacer, que cuanto pudiera realizar con éxito como artista.

Traté con mis débiles fuerzas de contener lo que había venido y que ahora lleva años — la guerra, la guerra de la que ahora vuestros mendaces conductores echan la culpa a los judíos, a los ingleses, a los masones, y sabe Dios a quién más, en tanto que cada cual sabe con certeza que vino la guerra desde el instante en que los nazis cogieron mando y principiaron a construir la máquina con que ellos creyeron pisotear la libertad y los derechos. Y qué clase de guerra, se ve en las cadenas en que vosotros os estáis contorsionando — un juego desesperado, devastador, interminable, un pantano de sangre y crimen en que Alemania está a punto de ahogarse.

¿Cómo lo pasáis vosotros? ¿No pensáis que en el exterior sabemos justamente lo que ocurre? La degeneración y la miseria se han extendido. Vuestra juventud, incluyendo adolescentes de 16 años, son inescrupulosamente sacrificados al Moloch de la guerra; cientos de miles de ellos, millones, no hay hogar alemán que no esté enlutado por la pérdida de un esposo, de un hermano, de un hijo. El colapso está cercano. Vuestras tropas en Rusia carecen de cirujanos, enfermeras, botiquines. En los hospitales alemanes, los heridos de gravedad, los ancianos, los débiles, son matados con gases venenosos; en una sola institución, lo fueron dos o tres mil, según el testimonio de un doctor alemán.

EDICIONES ERCILLA

(Agustinas 1639 - Casilla 2787. Santiago de Chile)

Los últimos libros publicados:

Vyasa: *El Rig-Veda*. (En la Biblioteca Amauta).

Lord Byron: *El Corsario*. *Mazeppa*. *Lara*. *El sitio de Corinto*. (En la Biblioteca Amauta).

Alberdi: *Ideario*. Prólogo y selección de Luis Alberto Sánchez. (Biblioteca Amauta, Serie América).

Emerson: *Siete ensayos*. Prólogo de

Luis Alberto Sánchez. (Biblioteca Amauta, Serie América).

R. Olivares Figueroa: *Suma poética* (1925-1941). Prólogo de Luis Alberto Sánchez.

Hendrik Willem Van Loon: *Invasión*, una novela apasionante que responde a esta pregunta: *Podrán los nazis invadir América...?*

Traducción de Inés Cané Fontanilla.

Estos son los hechos del mismo régimen que vocifera indignamente cuando Roosevelt lo acusa de destructor del Cristianismo y de toda religión. Un régimen que pretende conducir una cruzada de caballerosa moralidad contra el bolchevismo, del cual no es sino una variedad incomparablemente ruin.

Comparable a los envenenamientos en masa es el ayuntamiento forzoso a que se obliga a los soldados antes de partir para el frente: se les ordena que vayan como sementas a cubrir las jóvenes alemanas para producir hijos del Estado para la próxima guerra. ¿Puede una nación, puede una juventud hundirse a un nivel más bajo? ¿Puede haber una más grande blasfemia de humanidad?

Cuando Herder (Johann Gottfried von) compilaba amorosamente los cantos de las naciones, Alemania era grande y apreciable. Hoy Alemania no sabe más que de asesinatos en masa de naciones, insensata destrucción. Tres-

cientos mil servios fueron asesinados por vosotros, alemanes, a la orden de los villanos que os gobiernan; y no sucedió en la guerra sino después que había terminado en aquel país. Inenarrables son los hechos contra los judíos y los polacos. Pero no queréis reconocer el gigantesco y siempre creciente odio que un día, cuando vuestras tropas se hayan debilitado, terminará por arrollaros a todos.

Sí, es justo sentir el horror de ese día. Y vuestros líderes lo saben. Aquellos que os inducen a cometer tales horrores, os dicen que os halláis encadenados a ellos por la complicidad y que debéis sostenerlos hasta el fin; de otro modo, el infierno caerá sobre vosotros.

El infierno cayó sobre vosotros, alemanes, cuando estos líderes se presentaron. Si rompéis con ellos, todavía estaréis a tiempo de salvaros, para obtener la libertad y la paz.

TOMÁS MANN

Características de la actual contienda

Por RAFAEL DE BUEN

(En el Rep. Amer.)

Aunque en épocas pretéritas las guerras obedecieron generalmente a un deseo de expansión comercial, pudieron producirse conflictos bélicos entre países por motivos de carácter ideológico. Pero, en nuestros días el imperialismo capitalista ha relegado a un rincón las ideologías, ha abandonado cualquier sensibilidad o sentimentalismo, para pensar únicamente en el empleo de aquellos medios que permiten la persistencia de su dominio económico.

[La gran conflagración de 1914-18 tuvo un carácter netamente imperialista. Alemania trató de resolver por la violencia sus posibilidades de expansión industrial. Nada más natural, por ello, que fueran sus enemigos aque-

llos países que, especialmente por sus vastos imperios coloniales, se encontraban en condiciones más favorables para disponer de primeras materias con que desenvolver sus industrias y de extensos mercados en los que colocar sus productos manufacturados.

Es posible que se hubieran evitado las guerras imperialistas si los magnates del capitalismo mundial hubieran podido llegar a un acuerdo para explotar en armonía todas las riquezas de la Tierra. A pesar de múltiples intentos, aun cuando en determinadas industrias parecía llegarse a organizaciones internacionales que controlaran toda la producción y los mercados mundiales, el capitalismo no ha conseguido adquirir un carácter de universalidad. No podrá lograrlo nunca a causa de las mismas bases en que se asienta.

Asistimos en estos momentos a una crisis aguda de la organización capitalista. No habiendo podido resolver sus problemas, chocando cada vez más violentamente los intereses encontrados de los diferentes países, el nacional-socialismo de Hitler ha pensado en un dominio mundial impuesto por la fuerza, que permita crear un sistema económico cuya base sea la supremacía sobre toda la Humanidad de un pueblo que se considera superior a los demás. Pueblo ario que mira con desprecio a las otras razas, como si el criterio de raza pudiera sostenerse científicamente y estuvieran

LIBRERIA HACHETTE, S. A.

Buenos Aires

(Maipu 49. Bs. Aires. Rep. Argentina)

Ultimos títulos publicados en la BIBLIOTECA DE BOLSILLO:

Clásicos y modernos: Conrado Nalé Roxlo: *La cola de la sirena*. Comedia en 3 actos y 7 cuadros.

Viajes y aventuras: Louis Bousenard:

El secreto de oro. Versión castellana por Armando A. Pedrosa.

Novelas policiales: Mignon G. Eberhart: *Lance O'Leary investiga*. Versión castellana de Leonardo Defel.

Textos completos.

los hombres separados por características intelectuales infranqueables.

Parece mentira que los capitalistas de los países que luchan contra la Alemania nacional-socialista no se hayan dado cuenta de que lo que quiere Hitler es someter toda la economía del mundo a su absoluto dominio. El nazismo desea estructurar las riquezas naturales, la producción y la venta, con arreglo a normas que conviertan a todas las naciones en sus esclavas. La única justificación de sus megalómanos designios es la pretendida superioridad de su raza aria.

La Alemania nazi ha embaucado a quienes el fantasma del comunismo llena de pavor, porque temen la pérdida de sus privilegios, ocultando bajo su ficticio pabellón antimarxista sus locos designios de dominación económica mundial. Desde luego desea la esclavitud del pueblo productor, pero quiere también establecer una nueva casta que someta a su yugo al capitalismo extranjero.

Para lograr la esclavitud de todos los hombres el hitlerismo necesita destruir el poder del capital en las naciones poderosas, pero quiere también acabar con las organizaciones marxistas, uno de sus mayores enemigos por haber encontrado un sistema económico capaz de proporcionar el bienestar al pueblo. La experiencia de la Unión Soviética, que ahora empiezan muchos a conocer, demuestra que es posible rodear de comodidades cada vez mayores a la Humanidad, gracias a un desenvolvimiento siempre ascendente por estar libre de las graves crisis que azotan a los demás sistemas.

El nacionalismo económico, con la pugna que establece entre las diferentes naciones capitalistas, no parece permitirnos llegar al bienestar que anhelamos. Por ello la Alemania de Hitler piensa que si se quiere mantener la esclavitud de los pueblos, la persistencia de las castas, hay que acabar por la violencia con las fronteras económicas, dar el golpe de gracia a los nacionalismos económicos y entregar a su raza aria el dominio absoluto de la riqueza mundial.

Persiguiendo esta finalidad recurre en la guerra a la destrucción de ciudades y de industrias. Al utilizar tan bárbaro procedimiento no sólo piensa en atemorizar a las poblaciones y rebajar su moral de lucha, sino que cree haber encontrado una fórmula que permita acabar con la potencialidad de sus enemigos, para imponer más fácilmente sus productos cuando termine la contienda.

Estudiando a fondo los actuales momentos comprendemos que el período de guerras y de luchas en que vivimos desde 1914 tiene su origen en las deficiencias de las organizaciones económicas. Teniendo esto en cuenta debemos pensar en que si persisten los motivos provocadores de nuevas y terribles contiendas seguiremos viviendo un período lleno de incertidumbres.

Los desequilibrios del cuerpo, como los de la sociedad, se deben a causa patológica, que hay que diagnosticar para aplicar el debido remedio. La guerra es como la fiebre que quema nuestro cuerpo en las enfermedades. Como en ellas habrá que buscar su foco, su verdadera esencia, para emplear el tratamiento más apropiado. El final de la actual contienda no representará más que un compás de espera si no curamos a los pueblos de los males que los afligen.

¿Puede resolver el hitlerismo las dificultades del porvenir? La supresión de fronteras, y el establecimiento de un sistema internacional de producción y de consumo, pudiera ser un paliativo. Desgraciadamente en el nazismo persisten los mismos métodos actuales de do-

minio de una casta. La división en esclavos y señores en que quiere basar su organización mundial, tiene los mismos defectos de origen que el capitalismo reinante, aun más acentuados. Por ello dará lugar fatalmente a iguales desequilibrios económicos.

El trabajador que sólo recibe un salario efímero, no puede ser un buen consumidor por carecer de aptitudes adquisitivas. La industria, cada día más potente, ve llenarse por ello sus depósitos de productos manufacturados que no encuentran salida. El mantenimiento de un sistema colonial basado en el atraso de los pueblos dominados, en una producción muy económica gracias a la explotación de los desheredados, puede facilitar la obtención de primeras materias a bajo precio, pero no logrará nunca aumentar los mercados de consumo para los materiales elaborados por la industria.

Llegamos así a la conclusión de que la superproducción industrial sólo hallará una salida si sirve para mejorar el nivel de vida de toda la Humanidad, sin excepciones de ninguna clase. Pero ello tendría el capitalismo que renunciar a sus privilegios y propugnar por el establecimiento de una sociedad sin castas. Mientras existan pobres y ricos la capacidad de asimilación de los productos industriales no podrá alcanzar el enorme desenvolvimiento que permiten los progresos técnicos y no será posible evitar nuevas crisis de reajuste, con sus hondas repercusiones sociales y políticas.

Resulta pues imposible, a causa de su propia esencia, que el nazismo defienda un sistema de igualdad. Perdería su carácter si en lugar de pensar en el enriquecimiento de las castas dominantes, propugnara la misma felicidad material y moral de todos los ciudadanos. Es natural que al hitlersimo brutal no se le haya pasado por la mente la idea de una posible igualdad humana. Por el contrario, fundamenta su política en el aumento de las di-

ferencias entre los hombres. Quiere ser una minoría dominante y lucha contra todo lo que pueda oponerse a este designio. Lucha contra los demás países capitalistas porque quiere acabar con su potencia económica y convertirlos en territorios semi-coloniales. Lucha contra el comunismo porque teme que sus crecientes éxitos de organización industrial y de producción socialista enseñen al resto de la Humanidad el camino para conseguir el bienestar y la tranquilidad que tanto anhela. Pero lucha también dentro de su propia casa contra todos los poderes que pudieran levantarse frente a él y oponerse a su dominio. Así vemos que combate a la Iglesia, a las organizaciones políticas, al capital que no se somete, a las razas que poseen un espíritu de libertad y de internacionalismo. Al propio tiempo quiere detener la elevación social y cultural del pueblo, cuyos ojos necesita que permanezcan cerrados a la verdad.

Aunque la organización mundial que desea instaurar el nazismo ofreciera ciertas probabilidades de perdurar, ¿podrían conformarse las naciones en ser dominadas y los ciudadanos en ser esclavos de sus nuevos amos sanguinarios y brutales? Aumentarían los focos de rebelión en todos los países hollados por las botas de la Germania victoriosa y se crearía un ambiente de revancha que nos conduciría a una nueva hecatombe. Para evitarlo Hitler y su Gestapo extremarían las medidas de represión. La Tierra se convertiría en un vasto campo de verdugos y de víctimas, en un mar de sangre que ahogaría a la Humanidad.

Los problemas que señalamos tienen tanto interés en estos momentos que bien merecen se les dedique la mayor atención posible. Pero debemos hacer punto final y reservar para un próximo artículo la continuación de nuestro estudio.

San José, Costa Rica, noviembre 1941.

Levadura de gloria

POR GRACIANY MIRANDA ARCHILLA

(De *Alma Latina*, San Juan de Puerto Rico, 10, enero, 1942).

Conmueven a la par que inflaman las hondas y puras palabras del Presidente Roosevelt, dirigidas a los defensores del Archipiélago Filipino:

—“Yo doy al pueblo de Filipinas mi solemne promesa de que su libertad será salvada, y su independencia establecida y protegida.”

Estas palabras conmueven por una razón: Los defensores filipinos se enfrentan a un enemigo numéricamente superior. El rasgo heroico parece ser el sello distintivo de la fisonomía filipina. Ante los defensores filipinos no importa la metralla, y es el sacrificio sólo un deber sagrado que se cumple. Es verdad que han debido abandonar algunos pedazos de patria, pero la patria crece en ellos a medida que la bautizan con su sangre. Es una odisea conmovedora capaz de hacer nacer, a puño de centella y terremoto, la sonrisa de una nueva estrella en el cielo de Washington y Lincoln: en el cielo de Old Glory...

Estas palabras inflaman por otra razón: El Presidente Franklin D. Roosevelt, cuyo corazón está a la altura de este momento trágico, no avizora, desde las cumbres gloriosas de su Nación, a un puñado de hombres que pelean porque la Vida es lucha sin cuartel. Ahonda más el Presidente Roosevelt. El Presidente Roosevelt siente, en hondón de conciencia, la llamada de un pueblo que no quiere morir, que desea estampar su garra en las páginas de la historia humana, que se conserva siendo fiel a la tradición de escupir toda tiranía.

No olvida Franklin D. Roosevelt cuánta virtud entraña el resistir, en nombre de las instituciones americanas, la embestida de la barbarie japonesa. No olvida Franklin D. Roosevelt que las Filipinas son, en esta encrucijada de la historia del mundo, “frente y vanguardia de las Américas”. Sin embargo, hay algo mucho más profundo: existe una devoción, centellea una consagración sin paralelo: la defensa de la propia tierra, el placer de morir por lo que se ama, el amor de servir a una causa con más alma porque más espíritu demanda la calentura divina de la tierra.

(Pasa a la pág. 26).

Roosevelt

Por ROBERTO BRENES MESÉN

(En el Rep. Amer.)

*Hágase de roca inconvencible el Tiempo
para grabar su elogio en ella.*

*En las cavernas de la roca del Tiempo
resonará este nombre: Roosevelt,
como una invocación a los valles y montañas,
como un conjuro a las olas de los abiertos mares
a fin de que jamás se olvide,
ni en mar ni en tierra, sobre el haz del mundo,
que si hay hombres y naciones libres,
a este Titán de Voluntad lo deben.*

*Tórnese de roca inconvencible el Tiempo
para guardar su nombre,
a fin de que resuene a través de las edades,
allí donde nazca a la libertad un hombre.*

*Al labrador él dió la simiente de la holgura
para asegurarle alguna hora de crepúsculo
que consagrar a la contemplación del cielo,
o para hacerlo desplegar, en un excelso vuelo
de alas de oración, toda la vastedad de su alma.*

*Lo hizo a la vez consorte de la tierra
y amante enamorado de los cielos.*

*A las tempestades de polvo de las Dakotas
echó blandas cadenas de césped y plantíos,
y se tornaron mansas, como vacas fecundas,
y ya no hubo más estampidas de tempestades.*

*En el Valle del Tennessee, audaz su pensamiento
se levantó en pirámide hasta mirar el río
dándoles sustento y fuerza a las ciudades
que entonces no eran; que ya son, que serán mañana,
más venturosas que las de hoy, porque nacieron
bajo la estrella de extraña magnitud que alumbra
toda la extensión de América y del mundo entero.*

*Gigantescos frenos tascan el garrón del río,
y ya no se lanza tras las desbordadas yeguas
que asolaban con sus cascos de fango las villas
y las ciudades asentadas a sus dos flancos.*

*Ahora las crines de sus aguas iluminan
toda la amplitud del Valle por donde galopa
hacia el Ohio, donde al saciar su afán se muere.*

*Vuélvase de roca inconvencible el Tiempo
para guardar su nombre,
a fin de que resuene a través de las edades,
allí donde nazca a la libertad un hombre.*

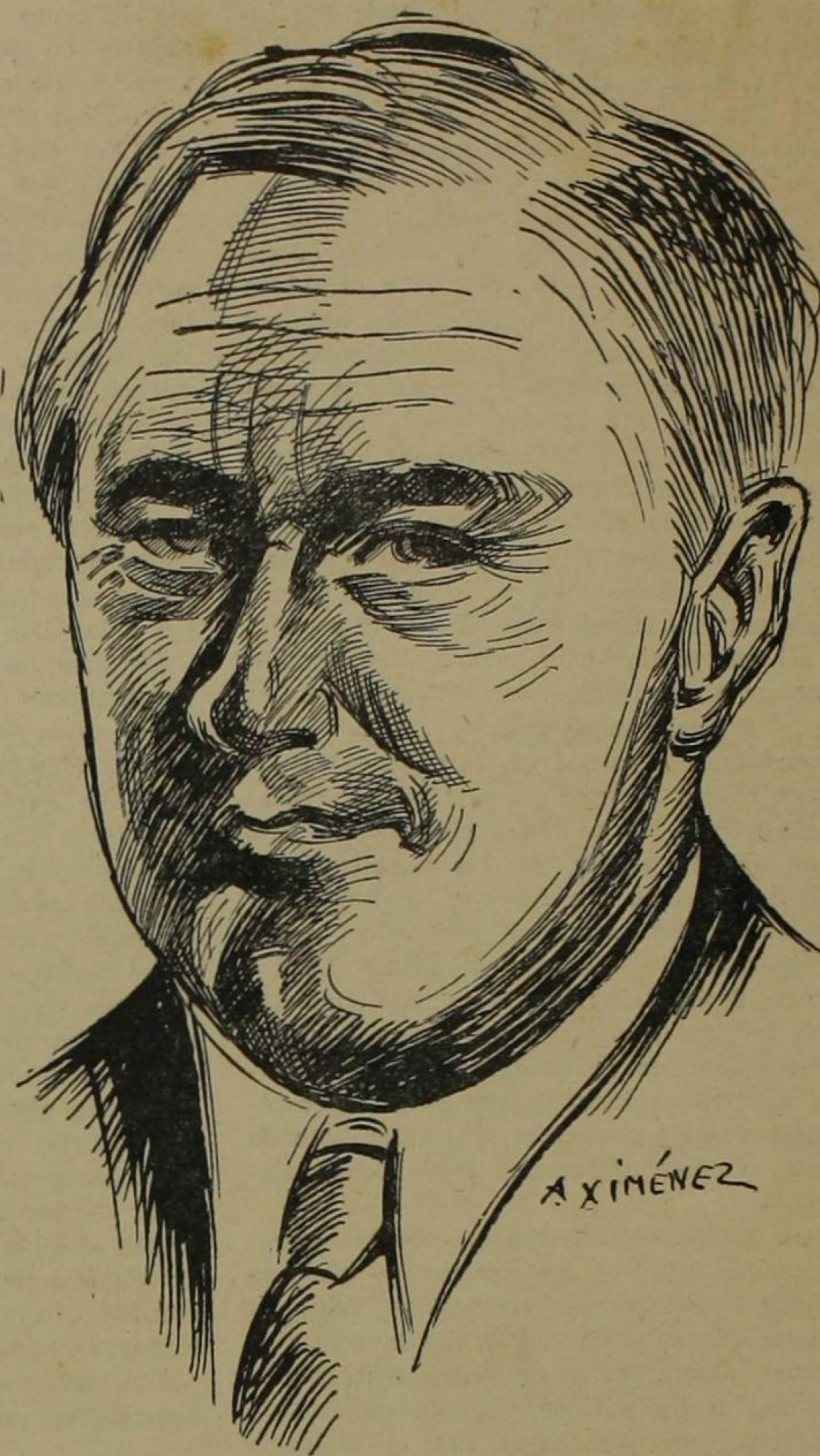
*Caídos los brazos erraban los hombres
seguidos de lobos, los lobos del hambre;
y aquel corazón movido de amor y piedad
se abrió a la visión de una patria de encantamiento,
ornada de bosques y de jardines, en redes
de rutas de sol, de ríos cargados de arneses,
cuajada de parques, como de nidos la selva;*

*Y millares y millares de mozos esbeltos
labraron en pórvido a los torrentes cascadas,
murallas a los ríos, y grutas en los montes;
en la desierta desolación plantaron bosques,
y la erosión exhausta se adormeció a su sombra.
Acariciaron con tal amor la joven tierra
que en ella se encarnó la visión de aquel Vidente*

Los lobos del hambre se murieron en los montes.

*Llovió maná para el anciano;
tuvo su hogar y su parcela,
segura la cosecha de su esfuerzo
el labrador amante de la tierra.*

*Para los humildes y olvidados de los grandes
él abrió el Palacio de lo Bastante y lo Seguro,
lejos del valle del miedo, del frío y del hambre.*



Franklin D. Roosevelt

*Tórnese de roca inconvencible el Tiempo
para guardar su nombre,
a fin de que resuene a través de las edades,
allí donde nazca a la libertad un hombre.*

*Quando se alzó su Sol en los Estados Unidos
abrióse un nuevo día para toda la tierra.
En el cuadrante de luz de nuestro Continente
Roosevelt marcó la cita fatal con el Destino:
pues cuando de los abismos se elevó en Germania
la sombra de Satán, en América surgía,
en ese mismo treinta y tres, el Gran Sol de Roosevelt,
que al refulgir sobre Luzbel lo fulminaría.*

*Por la mente del Titán sesenta mil aviones
orzan hacia Berlín para abatir la soberbia
de aquel crudelísimo Satán de Berchtesgaden;
y navegan ciento veinticinco mil aviones
en sucesión de triunfo, bajo el azul de Oriente,
para eclipsar por siglos, por un eterno siempre,
el alma de traición de un alevoso Sol Naciente.*

*Desde el Atlántico de su mente titanida
ya se va destacando el esplendor de un Mundo Nuevo,
rededicado a la libertad de la conciencia,
para la salud del cuerpo, para la paz del alma,
espléndido con las claridades de la Ciencia,
al servicio, y no más a la destrucción, del Hombre.*

*Hoy, que partan los eternos aviones del Tiempo
hacia las fuentes celestes de luz de los dioses,
para llevarles en urnas sagradas
su excelso, divino afán por el bien de los Hombres.*

San José, Costa Rica, 1942.



Respuesta al discurso de Stalin

Una Canción por EMMA PÉREZ

(Envío de la autora.—Es un recorte del Magazine de Hoy, La Habana).

u o o —

TU voz viene a tirar de la esperanza humana
como tiran las lluvias del arpa de la selva,
como tira del mar la luna desgarrada,
como tiran del sol las auroras inmensas.

Llamándonos amigos, camaradas, hermanos
y —transido de amor— hermanos nuevamente,
libertas, sobre montes y océanos incendiados,
águilas y palomas que buscan nuestras frentes.

Y pensamos en ti con fuerza y con ternura,
en la erguida alegría que en tu anuncio nos llega,
en las limpias faenas que a los hombres procuras,
en la risa sin años que a los niños te acerca.

¡Ah, cómo recoger estos fraternos coros
de canciones confiadas que buscándote crecen!
¡Y cómo traducir la respuesta de todos!
(Sólo en la voz total mi palabra engrandece).
No intento trabajar espacios solitarios:
desde que con el fuego de tu voz me abrasaste,
íntegro multitudes que regresan despacio
de tiempos no girados por la tierra incansable.
Y que a la vez —¡tal es la voluntad que fundes!—
anegan bosques de horas, inundan cielos falsos,
hallándose a sí mismas como a agua que discurre
de la mar hacia un río que ya la va alcanzando.

¡Oh, vigoroso amigo! ¡Oh, hermano y compañero!
¡Cómo desnudaré la pureza sencilla
que me permita dar sin aristas el canto
tan madurado ya por tu voz en mi vida?
Yo sé que el montañés del Daguestán te ha dicho
—con vocablos apenas— su canción estrenada
¡y mira qué caudal de voces necesito
para ni balbucear lo que mi sueño te ama!

¡Oh Stalin! ¡Oh querido, oh poderoso amigo!
Eres el que levanta designios de belleza
cuando llega tu voz por todos los caminos
y el hombre fraterniza con el hombre bajo ella.

Eres el que de pronto puede plegar en arcos
—como estratos de rocas en montañas inmensas—
los tórax de los peones que, en los surcos sembrados,
propulsan el vigor de negadas cosechas.
Eres el que de súbito puede lanzar el grito:
“Ensayen corazones gozosos los humildes”...
y ser obedecido por millones... ¡Querido,
voluntarioso, grande, perfecto, puro, libre!...

Tus palabras les dan a las islas que rasgan
la túnica del mar, donde todo se quema,
el mismo aliento vivo de salud y esperanza
que a las tierras sin árboles donde todo se hiela.
Tu mensaje navega en los juncos manchados
por el loss amarillo, o en las balsas con miedo
que penetran los ríos de los bosques trezados
de lianas, de reptiles y de oscuros esfuerzos

¡Stalin! Y te nombran con la misma dulzura
el hombre de la mina a quien la luz no besa,
el de la embarcación, fustigado de espumas,
y el de la plantación al que el trópico ciega

¡Stalin entrañable! ¡Voluntad! ¡Energía!
Tu mensaje inmortal se nutre de lo eterno:
viene de siglos y por siglos guía.
¡Salud a ti por tierra, mar y cielo!...

Nosotros te leemos y después nos miramos
con los rostros cambiados, casi desconocidos;
pero como jamás nos decimos hermanos,
pero como jamás nos sentimos amigos.
¡Sabemos impulsar un empeño de alas!
¡Sabemos acudir a tu llamada unidos!
¡Sabemos sostener la voluntad de marcha
—violenta e inmortal— que de tu voz nos vino!

Y somos la mujer que en las auroras plancha,
la que cose su noche a cada nuevo día,
la que niños enseña, la que canciones canta,
unidas a los hombres de la vega y la ría.



Lenin conversa, en el jardín de su residencia, con Stalin.

*Y con nosotros van nuestros hijos hermosos
de los que nacerán acciones inauditas,
de los que se erguirán —rectos y poderosos—
los trigales de amor que tu voz anticipa.*

*¡Todos hacia tu voz que llega del futuro,
con insigne pasión de bien y de justicia!*

*¡Todos hacia tu voz, la del mensaje puro,
la de la fresca, clara y rotunda caricia!*

*¡Oh Stalin! Con nosotros cuenta como con sangre
de la que te recorre las venas sin reposo,
desde acá donde hay islas que desgarran los mares,
hasta los bordes blancos de los golfos remotos.*

*¡Alegría! ¡Pasión! ¡Salud, querido Stalin!
Así le contestamos a tu voz como rosas,
como prados en paz y como tempestades.
¡Así fluye hacia ti nuestra vida impetuosa!*

*Porque nos has hablado como la lluvia al árbol,
como la luna al mar, como al sol las auroras,
curvamos hacia ti nuestra esperanzas en cantos,
—así el fondo del mar en volcanes se dobla—.*

*¡Así te contestamos, grande y querido Stalin!
De la selva a la tundra la respuesta se esponja.
Los juncos y las balsas conducen voluntades
hacia tu voluntad radiante de victoria.*

*Cúdate. Que la fuerza es de todos ¡inmensa!,
pero, como de ti, no brota de ninguno.
La Bestia blanqueará con sus huesos la estepa,
mas nadie como tú sabrá mostrar el triunfo.*

1941.

De la Vida y de la Muerte

Por LORENZO VIVES

III

El arte de hablar

El hombre es animal de razón, decimos, y es poco, porque puede haber otros seres que razonan. Mejor sería decir que es el único ser terrestre que habla, y entonces sí quedaría bien separado. Mas, en este bello dón está la distinta calidad del hombre, porque hay muchos que hablan sin medida y otros, muy pocos, sabiendo el valor de las palabras.

Cuando uno se acostumbra a mirar hacia adentro, llega que apenas hace uso del lenguaje hablado: practica un diálogo apacible entre él y su alma. Si le preguntan, contesta con sobriedad. Si todos supiéramos estimar la dicción, la comunicación oral de los hombres ganaría en elegancia.

La vista complementa la palabra. Con los ojos hablamos, también, pues ¿no comprendemos por los de nuestro interlocutor su estado de ánimo? ¿No conocemos, por ellos, su sinceridad o su falsía? Los términos pueden engañar: los ojos no saben... Por esto el instinto nos hace fijar en la mirada del que habla. Siempre hemos visto que muchos no pueden soportar nuestra insistencia, y bajan la vista, como si temieran ser descubiertos en sus intenciones.

Existe un arte de hablar, como hay el de escribir. Y debería consistir en usar palabras propias, oportunas, bellas y precisas. Hablando poco, dejamos discurrir al que nos oye. Yo diría que hablar es despertar la iniciativa del espíritu.

Si al concentrar nuestra mente nos hieren palabras inútiles, sufrimos como una anulación, y callamos. Y no digamos de las palabras groseras, que son como latigazos que hieren nuestra alma. Han dicho que el blasfemo lo es por falta de léxico; si así fuera, debería someterse a un tratamiento hasta lograr la sustitución de la palabra indecente por la culta.

Hablar, debería ser como hacer música con palabras...

El que sabe comprender el significado de la vida y medita acerca de ella, no es que rehuse el trato de los demás: lo que hace es ponerse a reparo por temor a las heridas de malos comportamientos y de expresiones vulgares. Acostumbrado al coloquio que a diario sostiene con su espíritu, sufre cuando se le obliga a entrar en conversaciones frívolas.

La naturaleza nos habla calladamente, y a solas con ella comprendemos, con sólo contemplarla, una gama de emociones y sentimientos. Este lenguaje que consiste en despertarnos con la presencia de las cosas, es el que deberíamos aprender, no para comportarnos como seres mudos, sino para decirnos lo estrictamente necesario. Así



el pensar no estaría alejado del decir; porque hoy hablamos, pero nuestra mente se halla lejos, cuando ella debería ser la que se expresara. Si en un futuro más o menos remoto los hombres aparecieran con la perfección máxima, creo que apenas hablarían: su conciencia estaría a flor de piel y se entenderían mentalmente.

La poesía es bella, porque nos habla con arte. Si ella emplea términos inútiles y disquisiciones largas, ya no es poesía, porque el arte es esto: concisión y verdad. Hablemos, pues, el arte. El orador que acumula términos huecos y lugares comunes, podrá agradar a un auditorio inculto: nunca al que sabe en qué consiste el hablar.

Unos, para terminar pronto, hablan como monosílabos; otros, no sabiendo que el tiempo tiene valor, usan un verborismo que fatiga a los que escuchan. Pocos hay que agradan porque se expresan con concisión, oportunidad y elegancia. De éstos podemos aprender mucho.

Si recordáramos que llevamos algo divino, por respeto a nosotros mismos hablaríamos con precaución. ¿No lo haríamos en presencia de un gran personaje? ¿Por qué no hacerlo siempre, sabiendo que Dios nos oye?

Hacienda San Lorenzo, Alajuela.
Enero del 42.

Levadura de...

(Viene de la pág. 23).

¿Qué otro avizoramiento podría iluminar la retina de Franklin D. Roosevelt? Ninguno que se apartase de esta realidad de poseído. Sólo el avizoramiento de esa calentura divina, que también le estremece la carne y le aflora el pensamiento, pudo llevarlo de la mano a la confesión entusiasta, digna del bronce; a la confesión de respaldar, con todos los recursos totales de su pueblo, de su pueblo inmortal, el forcejeo de un pueblo que ha de vivir, porque la Muerte ha de temerle al golpe de su diestra.

Franklin D. Roosevelt no pensó en un pueblo en cuya vida irradiaba la promesa de la redención, como la rosa del milagro. Entró Franklin D. Roosevelt a las vetas profundas del reconocimiento admirativo, que se traduce en fórmulas de gozo, y tuvo la conciencia de que sólo un pueblo libre puede ser capaz de morir peleando en nombre de una idea. Entonces habló el Libertador: "Yo doy al pueblo de Filipinas mi solemne promesa de que su libertad será salvada, y su independencia establecida y protegida."

Claro, no se trata de una dación. La libertad de un pueblo tiene mucho de ofensa cuando recuerda el ruido de las limosnas. Aquí se trata del amasijo de la gloria de un pueblo que levanta el corazón, como una bandera de triunfo, y erige su propio pedestal: se hace digno de vivir sobre los hombros ensangrentados de sus Héroes.

Pero también se trata de quien reconoce; de quien no sabe dar limosnas a los pueblos, porque las limosnas deshonoran a quien las recibe tanto como a quien las otorga en este meridiano del decoro humano. Se trata de un hombre que rinde honor a los que se inflaman en nombre de la Libertad y la Justicia.

Y también se trata de nosotros; nosotros que hemos esperado la Estrella de Belén por casi quinientos años... Sí, también se trata de nosotros, hijos de los conquistadores y hermanos de los libertadores de América. De nosotros, que también jugaremos nuestra carta cuando el destino haga su señal en la sombra. De nosotros, que llegaremos a tiempo al llamado del heroísmo y que levantaremos una ola de orgullo en el corazón del mundo...

Hombres de América: La levadura de la nueva aurora está brillando en Filipinas, y habrá gloria, mucha gloria para todos...

Escolios a una apasionada revisión de Rodó

Por JOSÉ PEREIRA RODRÍGUEZ

(Concluye.—Véase la entrega anterior)

VI

Towsend Ezcurra, luego de asegurar que ha leído minuciosamente "el devanar, fatigoso para un lector moderno, de los *Motivos de Proteo*", hace esta otra afirmación aventurada: "Ligado cordial y espiritualmente a Europa, (Rodó) fué incapaz de concebir un renunciamento de la cultura de América en base a una justa revaloración de su pasado indígena y de la depuración de las varias y múltiples influencias occidentales". Más adelante, aclara su pensamiento y lo completa, reafirmando: "Puesto en tal éxtasis ante la cultura europea, su imaginar jamás abandonó la sombra de las pérgolas griegas ni olvidó la lección de las ágoras para descender al ruido plebeyo y cotidiano de nuestras democracias mestizas".

El mentado escritor peruano vuelve, a nuestro entender, a incurrir en grave error, no por mala voluntad, sino por indisculpable falta de información.

Ya queda expresado cómo Rodó concibió la "magna patria" continental. Rodó sintió lo americano como elemento de posible aislamiento, y hasta lo desvinculó de los orígenes europeos, para abocetar su posible individualidad autónoma. Y se mezcló al "ruido plebeyo y cotidiano de nuestras democracias mestizas" con el enardecimiento de quien pone en la controversia algo más que simple objetividad de espectador indiferente o insensible.

Dejamos transcrito lo que Rodó expresó de su acción de periodista; pero, nos falta completar este esbozo demostrando que Rodó concibió el arte como elemento social, capaz de remover las conciencias y las voluntades ciudadanas y enderezarlas a la acción, como resultado y reacción de su protesta contra la injusticia social.

Juzgando *Moralidades actuales* del grande Rafael Barret, confiesa Rodó: "...aun aquellos que no somos socialistas, ni anarquistas, ni nada de eso, en la esfera de la acción ni en la de la doctrina, llevamos dentro del alma un fondo, más o menos consciente, de protesta, de descontento, de *inadaptación*, contra tanta injusticia brutal, contra tanto hipócrita mentira, contra tanta vulgaridad entronizada y odiosa, como tiene entretrejidas en su urdimbre este orden social transmitido al siglo que comienza por el siglo del advenimiento burgués y de la democracia utilitaria".

Y dice, todavía Rodó, en cuádruple afirmación, como presintiendo y defendiéndose de la acusación, que ahora se le formula:

"Yo nunca fui *chauvinista*" ("La Bandera de San Antonio").

"Yo nunca fui oficioso cultivador del tema patriótico" (*Perfil de caudillo*).

"Yo no he dudado nunca del porvenir de esta América nacida de España" (*La España Niña*).

"Yo nunca fui sobrado solícito en pregonar glorias marciales" (*Perfil de caudillo*).

La persistencia en una misma forma de afirmación, a través de frases escritas en diversas épocas, da la seguridad de la sinceridad que rezuman.

Véase, además, cómo concebía el arte en su función social, por donde la obra del escritor podía crear belleza y ser reflejo del ambiente, conciliando los extremos de una antinomia, más aparente que real: "...Yo he pensado siempre que, aunque la soberana independencia del arte y el valor substancial de la creación de belleza son

dogmas inmutables de la religión artística, nada se opone a que el artista que, además, es ciudadano, es pensador, es *hombre*, infunda en su arte el espíritu de vida que fluye de las realidades del pensamiento y de la acción, no para que su arte haga de esclavo de otros fines, ni obre como instrumento de ellos, sino para que viva con ellos en autonómica hermandad, y con voluntaria y señorial contribución se asocie a la obra humana de la verdad y del bien. Aún consideradas estas cosas de un punto de vista puramente estético, nadie podrá negar que el arte se privaría de cierta especie de belleza si renunciara a las inspiraciones y virtualidades que puede recoger en el campo de la agitación civil y de la controversia de ideas; como se privaría la propaganda ideal o cívica, de un medio insustituible para lograr ciertos efectos, si nunca el arte trajese en su auxilio el maravilloso poder y la única eficacia con que llega a lo hondo de los corazones y los enlaza en comunión de simpatía".

Resulta incontrovertible que Towsend Ezcurra incurre en incomprensión o en olvido cuando imputa a Rodó que "no fué solamente que no hablara en americano, sino que tampoco pensaba en nuestro idioma espiritual".

Precisamente, comentando tal pensamiento, Rodó escribía a Federico García Godoy, en 1912: "Épocas y pueblos hay en que la función social de la obra artística se impone con mayor imperio y encuentra más adecuado campo en las condiciones de la realidad. Entre esos pueblos y esas épocas incluyo yo a las naciones hispanoamericanas del presente tiempo. Su gran tarea es la de formar y desenvolver su personalidad colectiva, el alma hispanoamericana, el *genio* propio que imprima sello enérgico y distinto a su sociabilidad y a su cultura. Para esta obra, un arte hondamente interesado en la realidad social, una literatura que acompañe, desde su alta esfera, el movimiento de la vida y de la acción, pueden ser las más eficaces energías". Y completaba aún su visión profética, insistiendo en exaltar "toda la América nuestra, representada y querida como una magna patria indivisible, en la que es necesario avivar la conciencia de su propia unidad y el entendimiento y el amor de las tradiciones históricas donde esa unidad radica".

Hay dos elementos étnicos primordiales en la

Caballeros:

sus vestidos de casimir

Señoras y Señoritas:

sus abrigos a la medida o sus vestidos de estilo sastre, sólo la

SASTRERIA LA COLOMBIANA

de FRANCISCO GOMEZ e HIJO

podrá complacerlos; única especializada en esta clase de trabajos.

HAGA UNA VISITA Y SERA BIEN ATENDIDO

50 varas al Sur de la Cantina Chelles, Paseo de los Estudiantes

TELEFONO 3283

Sucursal en CARTAGO: 50 vs. al Norte del Teatro Apolo.—Sucursal en HEREDIA: frente al Teatro ASTRAL: Teléf. 91.

formación de nuestras nacionalidades: el caudillo y el gaucho. De ambos dijo Rodó lo que cabía opinar y que es, naturalmente, lo que todos podemos pensar por consecuencia fiel de razonamiento lógico.

Del gaucho: "El gaucho es, para cualquier artista observador, una realidad que ostenta a *flor de aire*—casi sin corteza prosaica—su porción natural de poesía. Hegel hubiera reconocido en él la plena realización de aquel carácter de libérrima personalidad, de fiereza altiva y triunfante, que él consideraba como el más favorable atributo del personaje que ha de ser objeto de adaptación estética: —el que palpita en la indómita poesía de *Los Bandidos* del trágico alemán y refleja su luz sobre la frente de los héroes satánicos de Byron: y en su porte, ya heroico y arrogante con la dominante serenidad de una estatua clásica, ya apasionado y melancólico como una estampa de Deveria, señalará el porvenir uno de los más felices e inspirados modelos que el genio de la especie haya impuesto jamás a las manos creadoras de la vida".

De los caudillos gloriosos: "...así como hay especies vegetales que, persistiendo al través de las distintas latitudes, se empequeñecen y desmedran a medida que se apartan del calor y la luz, y siendo colosales en el trópico son enanas en los climas fríos, de igual manera la talla del caudillo se empequeñece a medida que él se aleja de la venerada semibarbarie de la edad heroica y se aproxima a la plenitud de la civilización; y siendo, los caudillos, titánicos en las porfías por la formación nacional, donde representaban una energía necesaria y creadora, resultan pálidos remedos conforme nos acercamos a las postreras convulsiones de nuestras discordias civiles, donde apenas han solido representar una fuerza de regresión y de desorden".

Como retornando a un *leit motiv*, Rodó insiste en exponer la necesidad de solidarizar el arte con la vida, y esto no parece conocerlo o considerarlo, el escritor que nos da pauta para estos comentarios: "...yo encuentro riesgos que es necesario prevenir, en este sistemático alejamiento del escritor y del poeta, de las regiones donde se trabaja y se lucha. Si en nuestro tiempo la obra que aspira a ser considerada, ante todo, como cosa de arte, ha dejado de ser un organismo parásito que medre a favor de la propaganda y de la acción, y ha creado raíces para vivir de savia propia; si el acento del poeta no ha de ser ya entre nosotros como el épodo que responde líricamente a la arenga tribunicia o como el vaso de bronce donde se amplifiquen las resonancias del combate, la expresión literaria no puede condenarse, tampoco a la calidad de una forma cincelada y vacía renunciando a toda solidaridad y relación con las palpitantes oportunidades de la vida y con los altos intereses de la realidad".

Sobre este punto capital, Rodó no se llamaba a engaño y exponiendo sus discrepancias con Rubén Darío, al estudiar su personalidad poética a raíz de *Prosas Profanas*, confesaba con humildad y con verdad: "...creo pueril que nos obstinemos en fingir contentos de opulencia donde sólo puede vivirse intelectualmente de prestado. Confesémoslo: nuestra América actual es, para el Arte, un suelo bien poco generoso. Para obtener poesía, de las formas, cada vez más vagas e inexpresivas de su sociabilidad, es ineficaz el reflejo; sería necesaria la refracción en un cerebro de Walt Whitman". Y así pensaba Rodó, porque para él: "Es indudable que el carácter local de una literatura no ha de buscarse sólo en el traslado de los colores de la naturaleza física, ni en la expresión pintoresca o dramática

de las costumbres, ni en la idealización de las tradiciones con que teje su tela impalpable la leyenda para decorar los altares del culto nacional". Todo esto, no obstante, definiendo a Darío, hacía esta afirmación que, en cierto modo, contiene con una definición, un reproche: "No cabe imaginar una individualidad literaria más ajena que ésta a todo sentimiento de solidaridad social y a todo interés por lo que pasa en torno suyo..."

Rodó intelectualista preconizaba la importancia de atender a los reclamos de la vida y a no apartar la mirada del medio social en que se actúa, porque para él, el arte era la penetración fiel con el ambiente americano. A este respecto, le confesaba a Alejandro Andrade Coello, en 1909: "Así quisiera yo ver orientada la producción de nuestros escritores, y así aliento la esperanza de verla florecer, cuando, terminando tanta frívola dispersión de fuerzas como hoy deploramos, nuestra literatura se nutra de las hondas y esenciales preocupaciones de nuestra vida, y tienda a un ideal afirmativo y constructivo, de energía, de acción, de fe en el porvenir, como cumple a la expresión literaria de pueblos jóvenes y fuertes. Por este camino debemos buscar la originalidad".

VII

En su implacable revisión, dice todavía Townsend Ezcurra: "La devoción del uruguayo a las oligarquías intelectuales fué marca y contraseña de su "lección equívoca".

Tal afirmación encierra una parte de la verdad y da oportunidad para una interpretación errónea del pensamiento del Maestro de *Motivos de Proteo*.

Para Rodó, "lo afirmativo de la democracia y su gloria consistirán en dar lugar al surgimiento de las verdaderas superioridades humanas". La democracia es para el autor de *Ariel*, como para Renán, el gobierno de los más por los mejores. Desde luego, y aquí está el principio justo que preconiza Rodó, como ideal alcanzable para lograr la igualdad democrática: "la igual posibilidad de todo ser humano para llegar a ser algo". Está visto que eso difiere, profunda y radicalmente de la demagogia: dentro de la tesis de Rodó para llegar a tener el derecho de dirigir hay que ganar el derecho que deriva de ser mejor, dentro de la "igual posibilidad" de alcanzar a serlo. Por esto, con un claro raciocinio, Rodó señala al Estado la obligación de "poner a todos en las mismas condiciones de tender a su perfeccionamiento". "Más allá de esta igualdad inicial toda desigualdad estará justificada porque dependerá del esfuerzo realizado por cada uno". Y así, por este proceso de mejoramiento racional, que eleva y no denigra a la personalidad humana, Rodó llega a afirmar que "la democracia racionalmente concebida admite una aristocracia: la superioridad de los mejores por la virtud del carácter y del espíritu". Es así como la dirección del Estado, en manos de los mejores, podrá concebirse como la obra de la oligarquía intelectual. Los demagogos atacan duramente esta doctrina; pero la combaten porque no quieren admitir el derecho de los mejores sobre los más, cuando a éstos se les ha puesto en el camino de alcanzar al límite igualitario inicial, a partir del cual toda diferenciación es superioridad ganada por obra del esfuerzo propio. De aquí sale Rodó a combatir la concepción igualitaria y la igualdad en lo mediocre que "forman el espíritu del americanismo". Hay una posición ética, desde luego, en la actitud de Rodó; mas no puede discutirse que hay, también, una posición política. Si ésta ha de ser un

juego de altos intereses, el interés superlativo estriba en que el bien común esté bajo la dirección de quienes, alcanzados los niveles a que todos pueden aspirar, avanzan resueltamente para llegar, vencedores, a las metas ambicionadas.

VIII

"El uruguayo (Rodó) trabaja en honesta medianía y termina pobrísimo en el "Hotel des Palmes" de Palermo, al pie del Mediterráneo que tanto amara", asegura, indocumentado, Townsend Ezcurra.

De nuevo cabe reclamar a los que escriben sobre nuestras cosas, una mayor averiguación previa. Ayer no más, era un hombre de tanta autoridad y responsabilidad como Rufino Blanco Fombona, quien aseguraba y repetía en ensayos y en libros, que Herrera y Reissig, cuando desapareció, era un desconocido en el Uruguay y que murió miserable en Montevideo. Ahora es otro escritor el que manifiesta que Rodó concluyó paupérrimo sus días. Es absolutamente falso. Rodó no fué un hombre rico, tampoco pasó necesidades económicas. Ya queda dicha cómo renunció a desempeñar un cargo de Maestro de Conferencias, que le significaba un sueldo mensual de cuatrocientos pesos uruguayos y lo dejaba en amplia libertad para trabajar. Hay además, el testimonio fehaciente que destruye toda patraña al respecto: Julián Nogueira lo ha entregado a la publicidad, en su crónica aparecida el 28 de enero de 1920, en *El Día* de Mon-

tevideo. Rodó murió en el Hospital San Saverio, de Palermo, el 1º de mayo de 1917, a la hora 10, después de haber sido transportado cuidadosamente, desde el Hotel des Palmes, a donde había llegado el 3 de abril. Cuando revisaron sus ropas en el Hotel, fueron encontradas tres mil liras. Rodó viajaba por cuenta de la revista porteña *Caras y Caretas* que lo había contratado a razón de 650 nacionales mensuales, para que escribiese las correspondencias que constituyen el libro póstumo *El Camino de Paros*.

IX

La última afirmación de Townsend Ezcurra que nos interesa marginar: "José Enrique Rodó podría ser llamado el Wilson de la literatura americana. Idéntica bonhomía fundamental, similar formación universitaria, parecida frustración cuando no total reversión de las doctrinas en los hechos".

Creemos que la enseñanza de Rodó no ha fracasado. En una civilización nueva como la nuestra, que engendra una cultura propia, que tiene que sufrir las consecuencias biológicas de su propio crecimiento y desarrollo, la palabra del Maestro continúa siendo una voz de esperanza. Todavía su verbo resuena anunciando a *El que vendrá*. Y ha de llegar un día. Quizás de su proximidad ya se anuncie el "alba de oro"... Dorado amanecer, mejor que aurora roja...

Junio de 1938. Montevideo.

Versos nuevos

(En el Rep. Amer.)

PADRE NUESTRO

*Padre Nuestro que estás en mi vida
cual la savia en el tallo y la flor,
dadme el ansia constante del vuelo,
el vislumbre de un mundo mejor.*

*Dadme siempre el amor a esta tierra,
a estas aguas, al aire y al sol;
como el indio yo pienso que el fuego
purifica cual áureo crisol.*

*Quiero siempre el amor de la brisa
y la fronda de verdes frutales
donde ensayan los pájaros trinos,
en las horas de luz, matinales.*

*Quiero siempre vivir este poema
de la tierra, del aire y la luz;
quiero en paz descansar en convivio
de paisajes y rutas en cruz.*

*Quiero ser como el árbol que sube
con promesas de ramos en flor;
él bendice a la tierra y al cielo
y en sus frutos nos brinda su amor.*

LA GIOCONDA

*En mis noches de amor y de alegría
la Gioconda anima mi fantasía.*

*Me mira con sus ojos de misterio
y me aleja de todo cautiverio.*

*Su sonrisa inmutable y misteriosa
es fragancia sublime y cadenciosa.*

*Aquí vive el ensueño de Leonardo
perfumando mi vida como un nardo.*

*Una mano de amiga, bienhechora,
me obsequió esta Gioconda encantadora.*

*El alma de esa amiga bondadosa
sonríe cual Gioconda milagrosa,
y me brinda un magnífico tesoro:
su amistad, con quilates más que el oro.*

Costa Rica, 1942.

PARA EL POETA BILLO

*Con el cincel de su genial empeño
grabó en un plinto la canción suprema,
forjó la estrofa de cadencia eterna
y fué el laurel quien coronó su poema.*

*Luchó como los bravos y valientes,
sontiendo ante el ataque despiadado,
fué un mosquetero altivo y justiciero
y nunca fué en la lid acobardado.*

*En la amistad fué siempre generoso
y en el amor sencillo y delicado;
por fuera un tronco raro, adusto y fuerte
y por dentro un panal almibarado.*

*Hoy vive en el silencio, resguardado
por la gloria que nimba su tristeza,
y el lebril de mi verso hasta él se llega
a interrumpir su ensueño de belleza.*

*Para decirle: Poeta, aquí la lira
espera nuevamente tu canción;
abroquela de nuevo el alma, lumen,
y enciende en luz de estrella el corazón.*

San Ramón, noviembre, 1941.

Viaje sentimental por el País de los Libros

Por GUILLERMO JIMÉNEZ

(Es un recorte. Envío del autor. México, D. F.)

(A Joaquín Carranza, fraternalmente).

Uno de los más exquisitos atractivos que hay en las grandes capitales, a más de sus museos, a más de sus bibliotecas, a más de sus joyas arquitectónicas, a más de sus teatros, a más de sus paseos, y, en fin, a más de su rutilante vida nocturna, es el de visitar las librerías, esos rincones amables, fuentes que distribuyen el pensamiento universal.

En París era un deleite entrar en una librería. Generalmente, estos establecimientos estaban abiertos hasta después de la medianoche. El cliente se sentía como en su propia casa; podía hojear y leer las últimas novedades; bajar y consultar libros; tomar notas, y, para ello, el dueño y los empleados le daban toda clase de facilidades. Además, los libros estaban colocados sobre mesas en la acera, con alumbrado especial, de modo que el interesado pudiera examinarlos con toda comodidad.

París estaba lleno de librerías, en todos los barrios, en todas las plazas y en todos los rumbos podían adquirirse los libros "acabados de aparecer".

En el hotel Drouot se remataban constantemente bibliotecas enteras pertenecientes a "inmortales" desaparecidos, a familias de apellidos ilustres y a soberanos del arte o de las letras ante quienes un día se rindió "todo París". En ese Hotel de Ventas, André Gide, que es, sin duda, uno de los más grandes escritores y pensadores de Francia, por vanidad o por mal gusto realizó el 27 de abril de 1925 su biblioteca y su rica colección de autógrafos.

El catálogo contenía 405 títulos y la venta le produjo a Gide 122.000 francos.

Este gesto de histerismo del autor de *Coridón* fué tan escandaloso como aquel proceso que inició Mlle. Edmonde Guy, mujer de extraordinaria belleza, en contra del pintor Van Dongen, porque le hizo un espléndido desnudo, que exhibió en el Salón Nacional de Bellas Artes.

—"Yo—dijo la linda bailarina—me desnudo, noche a noche, ante miles de espectadores; pero el señor Van Dongen no tiene ningún derecho para presentarme ante los ojos de los parisienses en traje de Eva".

Los jueces, aunque se quedaron azorados del pudor de Mlle. Guy, no pudieron menos que plegar sus labios con la más galante de las sonrisas.

Y, en este caso, André Gide con su gesto vanidoso hizo el papel de la turbadora danzarina.

Claro, con la venta que hizo el autor de *La puerta estrecha* de los libros que le regalaron, sin quitar siquiera las dedicatorias, libros que estaban además trufados con sendas y halagadoras cartas y papeles íntimos escritos por los autores, puso fin a mil amistades y a mil incidentes, que le obligaron a romper, en aquella época, con el mundo literario. Lo cierto es que André Gide encontró más bellos los billetes del Banco de Francia que un libro del más ilustre de los escritores contemporáneos.

Yo, muchas tardes invernales en que París parecía que se metía dentro de una perla, las pasaba en el hotel Drouot, viendo las románticas y diabólicas almonedas en que las emperatrices del lujo, en que las soberanas de la elegancia, en que las reinas del placer subastaban sus caros tesoros: muebles, telas de ensueño, pieles fi-

nísimas, obras de arte, libros únicos: unas por necesidad, como lo hizo aquella inquietante Polaire, pintada por Antonio de la Gándara, y otras por "faire peau neuve", como decían las adorables coquetas.

En el Hotel de Ventas, cuando se remató la biblioteca de Pierre Louys, algunos de sus manuscritos y la edición original de sus *Chansons de Bilitis* con correcciones autógrafas, compré *La Ville Charnelle*, de Marinetti, dedicada fervorosamente al maestro.

También adquirí en un cajón del Sena *La Jeune littérature hispano-américaine*, de Manuel Ugarte, edición Sansot, de 1907, libro consagrado, con profundas frases de admiración a Paul Adam. El "cher maitre" nunca "tiró un ojo" sobre las cordiales páginas del gran escritor argentino.

Mucho se ha escrito, en todos los idiomas, en torno a los libreros de los muelles parisienses. Rubén Darío—hasta la fecha el emperador de la lírica española—en *Opiniones* dedica un bello capítulo a los libros viejos de la orilla del Sena.

Para los espíritus selectos era un gran espectáculo ver el desfile de bibliófilos y bibliómanos a lo largo de los muelles; acariciaban los libros con la pasión con que una mujer acaricia una joya de Cartier; ponían al trasluz sus páginas; buscaban los ejemplares numerados con las cifras más bajas e impresos en grandes papeles; todo lo hacían con el fervor de un rito, con delectación indecible que prendía en sus labios una mueca de bienaventuranza.

Desgraciadamente, ya ninguna de estas maravillas se encontraban. Las ediciones "sur vieux Japon", "sur Japon Imperial", "Hollande Van Golder", "Madagascar", "Chine", "Arches" y "Fil Lafuma", se adquirían por suscripción en las librerías de lujo; centros frecuentados por las más lindas mujeres de París, es decir, por las más bellas mujeres del mundo, envueltas en el vapor exquisito de los más exóticos perfumes.

Una de las notables librerías de Lutecia fué aquella pequeña de la calle del Odeón, cuya propietaria, Mme. Adriane Monnier, influyó tanto, no sólo en la literatura francesa, sino también en la historia de las letras universales. Muchos de los grandes escritores de Europa deben a esta mujer excepcional sus triunfos y su celebridad.

Ella dió a conocer a James Joyce y puso aureolas de admiración a Paul Valéry, a Jules Romains y a André Gide, lo más alto, lo más ardiente del pensamiento contemporáneo.

Mme. Monnier era una mujer extraordinaria por su sencillez: vestía uniforme de colegiala con cuello y puños blancos muy almidonados; parecía un retrato de 1830, pero en sus ojos azules, empapados de dulzura, flameaba la fuerza seductora de su alma.

Los corredores del teatro Odeón estaban también cuajados de libros; en este lugar maravilloso aquel vagabundo y suicida, aquel pescador de almas que se llamó Panait Istrati cogió por los cuernos a los venerables clásicos franceses para olvidar las amarguras de la miseria.

Rincón muy acogedor, muy cordial era la editorial



Excelsior, que dirigía Ventura García Calderón, quien realizó una gran difusión de los valores literarios latinoamericanos, en pequeñas, en preciosas y pulcras ediciones.

Me acuerdo que un día Ventura me invitó a almorzar; en el despacho se hallaba don Miguel de Unamuno, en aquel tiempo desterrado por la dictadura española.

Salimos los tres. Hacía un frío terrible. Don Miguel no llevaba abrigo; se cubría el pecho con su clásico chaleco eclesiástico. Al despedirme, le dije:

—¿Qué rumbo lleva, maestro?

—Voy rumbo a la Estrella—contestó, acariciándose la barba blanca.

—En diciembre, con esta niebla y en pos de la estrella, parece usted rey mago.

El insigne escritor, raíz y carne viva de la vieja España, dibujando una sonrisa replicó violentamente:

—Ni de broma me dé usted motes reales.

He recordado un París de antes de esta guerra, en que parece que la cultura y la civilización se desquiciaban, crujen al son trágico de los aviones invasores; un París que yo sueño intacto como está en mi corazón. Al escribir vuelvo a vivir una época deslumbrante, en que París era un paraíso terrenal.

Las librerías de Bruselas eran muy parecidas a las de París; a veces, allá por los barrios viejos, existían libreros pintorescos que vendían, de lance, espléndidas ediciones, modelos de tipografía y de buen gusto y mostraban tesoros en grabados flamencos. Eran estos librerías tipos escapados de antiguas litografías de Anvers; usaban gorros de fuertes lanas, lentes del otro siglo, largas pipas, casi siempre apagadas, y también largas guías de bigotes como los de Verhaeren.

Estoy seguro de que ya en Madrid desaparecieron muchas librerías, debido al hervor de la contienda.

Entre la calle de Alcalá y la Gran Vía, a la vuelta de la castiza calle de Peligros, está la calle del Caballero de Gracia; en esta calle escondida, José María Yagues, director de la Editorial *Mundo Latino*, tenía una librería pequeña, de unos tres metros de frente por cuatro de fondo, atendida por Carmen Tejeda, interesante muchacha de lindos ojos; tan maja, tan española, como para que hubiera sido cantada por don Ramón de la Cruz.

Tarde a tarde nos citábamos en aquel lugar Alfonso Hernández Catá y yo. Charlábamos largamente de libros, de arte, de cosas de América, de mil y mil naderías que hacían que el tiempo pasara como por milagro. Me acuerdo que Alfonso acababa de publicar *La muerte nueva*, en una bella edición, imitando en su cubierta el último libro de Gabriel d'Annunzio, y preparaba, con gran amor, *La casa de las fieras*.

Después íbamos a tomar una taza de té a "Molinero" y más tarde a dejar a Carmen a su casa; vivía por la calle del Escorial, una calle muy galdosiana, al lado de Fuencarral, donde a veces, en una esquina, un ciego, al lloro de su guitarra, cantaba un *schotish* o la más gitana de las coplas de moda.

Vivir en Madrid, en aquella época, era vivir en la ciudad más simpática del mundo, en la más cordial, en la más cañí. Era el tiempo todavía de las "manuelas" y de las verbenas con música de Bretón; "del estilo" y del "vino de la tierra". En el "Maravillas", Raquel Meller cantaba aquella apasionante *Flor del Mal*, y Pastora Imperio, la mujer del Gallo, bailaba y movía los brazos como la propia Giralda. Ramón Gómez de la Serna pontificaba en Pombo, bajo el signo del más goyesco de los pintores españoles y casi compatriota nuestro: José Gutiérrez Solana. La botillería de "Pombo" era desde cuando

SI usted necesita un libro que no tengamos se lo pediremos inmediatamente. Estamos en conexión directa con los mejores distribuidores y editoriales del mundo.



SAN JOSE

COSTA RICA

Distinguida y fina
es siempre la

Cerveza GAMBRINUS

Béquer y Espronceda. En el "Regina", Valle Inclán, peregrino al margen de las rías y en los monasterios de Galicia, contaba adorables mentiras que parecían historias de gesta. A don Ramón le hacían coro: Manuel Azaña, Díez-Canedo, Juan de la Encina, don Francisco A. de Icaza y una adorable mujer de melancólicos ojos verdes... Teresa, Teresa, ¡no recuerdo cómo se apellidaba!, lo cierto es que un día se cortó las venas. Era la época en que don Miguel de Unamuno dejaba su Salamanca y se pasaba las tardes en el hall del Palace haciendo pajarricos de papel y leyendo, a sus amigos, el rosario de sus prodigiosos sonetos.

En el barrio más colonial, en viejos palacios de cantera y tezontle, donde vivieron notables encomenderos españoles; en magníficas casas decoradas con bellas hornacinas, donde más de una virgen esconde el dolor de sus siete puñales; en casas que conservan ricas puertas claveteadas hechas por artistas virreinales; en el barrio más bullanguero, en el barrio de la Universidad, donde la alegría de los estudiantes se quiebra en los encajes de piedra, se hallan las más antiguas y prestigiadas librerías de México.

Librerías fundadas por honrables españoles, que han visto desfilar más de cuatro generaciones mexicanas y que se han identificado vivamente con nuestra cultura y con nuestra vida espiritual.

Por esas librerías ha desfilado lo más alto del pensamiento nacional: escritores, filósofos, poetas, artistas y bibliófilos, y todos han encontrado en ellas cordialidad y ayuda para realizar sus diversas labores.

Medio siglo, se dice muy pronto, casi "con la mano en la cintura". Hace más de medio siglo que llegó a México don José Porrúa y fundó una librería en el Puente de San Pedro y San Pablo, número 14, que es hoy tercera del Carmen. El año de 1887 vino de Asturias su segundo hermano, el caballeroso señor don

Indalecio, y dos años después, el más gallardo y calavera: don Francisco.

El año de 1918 vendieron esta "Librería de Ocasión" al hidalgo don Pedro Robredo, a quien tanto debe también la cultura mexicana, y los señores Porrúa se establecieron en la calle de la República Argentina, esquina con Justo Sierra.

Los descendientes de los Porrúa han ido heredando el gusto y el amor a los libros y ahora están al frente de las más acreditadas librerías de México.

José Antonio y Francisco Pérez Porrúa, son hijos de una hermana de los fundadores de la dinastía librera.

José, Jerónimo y Rafael, son hijos del mayor de los Porrúa, de don José.

Indalecio y Manolo, son los herederos de don Indalecio, y el abogado don Francisco es hijo del más joven de los ilustres viejos.

Más tarde, los Porrúa y don Pedro Robredo se hicieron editores y han lanzado a toda la América Latina los más bellos, los más interesantes y los más raros libros sobre historia de México.

La librería de "Botas" fué fundada en un zaguán de la calle de Bolívar, antigua de Vergara, por el simpático viejo español don Andrés Botas. Ahora, la librería, es una de las más grandes de la capital. A mi pobre amigo don Andrés lo mató un toro en un establo de su propiedad, y su hijo Gabriel heredó el negocio. Gabriel ha hecho mucho también por difundir las letras mexicanas; su catálogo de obras de escritores nacionales es sin duda el más caudaloso.

Buscando libros de cuentos: *Aladino, Barba Azul, La Cenicienta*, he realizado este viaje sentimental, este viaje de ensueño, despertando emociones y volviendo a vivir días deslumbrantes, días en que no se proyectaban sobre la tierra las cuatro sombras trágicas de los Jinetes del Apocalipsis.

El Diablo tiene un hijo

Por R. JIMÉNEZ ALPÍZAR

(Es un cuento. En el *Rep. Amer.*)

Ñor Molina fué un buen hombre; yo lo recuerdo con simpatía y echo de menos sus cuentos fantásticos en los que generalmente se colocaba él como protagonista. Había que oír las temeridades que inventaba! Naturalmente, yo tenía que demostrarle una credulidad infantil si quería conservar su buen humor. Fácilmente se enojaba, o mejor dicho, parecía hacerlo; no aceptaba que se pusiera en duda la veracidad de sus narraciones.

Una noche llegó a mi casa,—donde no está demás decir que el café calentito lo tenía aquerenciado—y llamó a la puerta con rudeza. Llovía a cántaros y relampagueaba con destellos enceguecedores; estaba empapado hasta los tuétanos y de nada le servía un saco de gangoche que a modo de capucha se había metido en la cabeza para librarse de la intemperie; sus ropas chorreaban y temblaba de frío. La lluvia no lo había detenido; tenía una misión importante que cumplir y era de los

que en imponiéndose una obligación, no paran hasta dejar terminado su intento. Los ojillos lagañosos se le escondían bajo los párpados cada vez que una gota de agua se escurría por las roturas del sombrero y bajaba la frente, parándose temblorosa unos instantes en los pelos del bigote. Daba pena mirarlo tan mojado; y temiendo que fuera a coger un resfriado, lo invité a entrar y calentarse con una taza de café. Simulando pena, entró. Apenas si ocupó la orilla del asiento y la punta de las nalgas; lo tenía un poco preocupado la idea de estar mojando el mueble y echando a perder el lustre del piso encerado.

Me miraba a hurtadillas, como queriendo iniciar una conversación de mucho interés; parecía estar avergonzado y profería de vez en cuando monosílabos ininteligibles. Para comenzar por alguna parte, saqué un cigarrillo y se lo ofrecí; lo aceptó con grandes muestras de agradecimiento y lo fué fumando a

grandes sorbos, quedándose al final, con la colilla hecha un atol achocolatado entre los dientes carcomidos.

Mientras fumábamos, le pregunté a qué debía el honor de su visita, exponiéndose al agua torrencial. Me miró con humildad y vergüenza, moviendo la cabeza mientras la inclinaba hacia un lado, escondía la cara, recogía la pierna y estiraba la otra, como queriendo encontrar en una posición cómoda la coordinación de los pensamientos, tan importante para vaciar su bien pensada entrevista. Había entablado ya una lucha gigante con su aparente cortedad, porque al fin y al cabo, me tenía un poco de respeto y no se atrevía a mostrarse descarado, ni su condición de mandador de la finca se lo permitía!... Animado al fin, posiblemente al sentir caliente el estómago con el café que acababa de tragarse, inició su discurso:

—Yo siempre molestando, don Cosme!... Si no fuera por lo buenos que son usted y doña Felicidades!... la verdad es que cada vez que la chicalina y yo andamos en apuros, aquí venimos a escorar! Dios se las ha de pagar todas juntas... porque ella y yo se los encomendamos todas las noches!...

—No piense en favores, que para servirnos estamos—repuse yo—.

—Muchas gracias!... Pos... quería comunicale que el lunes pensamos cristianar la chiquita de Susa...

—Cuanto me alegro. Es bueno hacer eso pronto.

—Y, como ustedes son tan sin orgullo... pos... (queremos que usted y "doña", nos la apadrinen. Usted verá que es un cargo de conciencia que tenemos encima. Uno no sabe si la creturita está pa morise el día de mañana y eso de que se muera sin cristianar y se vaya al limbo!... No, ¡yo no quiero tener el remordimiento toda la vida!

Como no era nada nuevo apadrinar una criatura, no me opuse y le manifesté que lo haría con gusto. Su gratitud fué grande y se manifestó ostentosamente:

—Ya se lo había dicho a Susa: lo que es don Cosme no se niega! Y unque la chicalinista no es hija de matrimonio, no la vamos a despreciar... no tenemos los tatas más remedio que disimular. Sólo Dios sabe las vergüenzas que lo hacen pasar a uno los hijos; sobretodo, las mujeres... Pero, qué culpa van a tener las criaturas?

Aprovechando un lapso en que ñor Molina dejó de hablar, le pregunté por el padre de la niña. Yo conocía la historia por boca de intermedios, pero esa historia me parecía un poco desfigurada, demasiado fantástica e imposible de creer. El, como padre de la muchacha, me diría absolutamente toda la verdad, que era lo que me interesaba saber.

Cuando llegué a este punto, el aludido se confundió notablemente y en el rostro se le echaba de ver; las palabras se le enredaron y los ojillos enchilados se le pusieron a brillar de vergüenza... Había venido en busca de un favor y se encontraba frente a una pregunta indiscreta, casi ofensiva, que le llenaba el alma de confusión y lo acorralaba; preguntas, que jamás había querido contestar. Francamente, me dió pena verlo en semejante situación! Escondió la cara y le oí salir una risilla empujada que le venía del estómago y llegaba a la nariz, sin pasar por la boca.

—La verdad, don Cosme, hubiera preferido no haber oído esa pregunta... pero a usted no puedo negarle ninguna contestación... Es un secreto, que por su salud, le pido que no se lo cuente a naide en la vida... ¡jamás!... Quizás esto me ayude a descargar la conciencia... Usted y yo vamos a ser compadres y tiene que saberlo todo.

EDITORIAL LOSADA

(Alsina 1131. Buenos Aires, Rep. Argentina)

Los últimos libros publicados:

El pensamiento vivo de Kant presentado por Julien Benda.

Es el vol. 19 de la Biblioteca del Pensamiento Vivo. Precio: \$3 m. arg.

Angel Ossorio: *La España de mi vida*. Autobiografía. Precio: \$3.50 m. n. arg.

Ramón F. Vásquez: *Alma de América*. Carta-prólogo de Ricardo Rojas: \$ 2.50 m. nac. arg.

Aristófanes: *Las Nubes, los Acarnienses, Los Caballeros*.

Excelente traducción de Federico Baráibar y Zumárraga. Introducción de Pedro Henríquez Ureña, director de Las

Cien Obras Maestras de la Literatura y del Pensamiento Universal. Es la N° 36. Precio mon. nac. arg.: \$ 4.

Gilbert Murray: *El Espíritu de la Libertad y la Civilización*. Traducción directa del inglés por Juan Guixé. Precio en mon. nac. argentina: \$ 2.00.

Ramón Pérez de Ayala: *El ombligo del mundo*. Precio en m. nac. argentina: \$ 1.50.

Jacinto Grau: *El burlador que no se burla, Don Juan de Carillana, y El tercer demonio*, tres piezas teatrales famosas.

Los precios señalados son en moneda nacional argentina

A pesar de conocerlo bien y esperar de sus labios una de las tantas historias raras que solía contarme, fué tan real la pena que asomó a su cara, que en el fondo sentí cierto remordimiento por haberlo colocado en tal trance. Pero me dispuse a oírlo, aparentando no dar importancia a sus protestas.

—La historia es muy larga y muy fea... tengo miedo de que llegue a oídos del cura y no quiera cristianame la chicalinsita... Usté se acordará cuando murió Mina, mi mujer?... hace más del año! Se murió de pura vergüenza y miedo... No pudo resestir el golpe! Es el caso que estábamos en tiempo de cogidas y los patrones se bían venido a pasar la temporada de verano a la finca. Yo vivía en la casita que queda en el puro portón de entrada; y los patrones en la casa de ellos, que está metida más adentro.

Una noche, como a eso de las once, oyimos una descandalada de perros que ponía los pelos de punta; gritaban, ahuyaban como endiablados y se despazaban en idas y venidas cerco adentro. Mina se despertó y me llamó pa que yo pusiera cuidado. Me traspuse enseguidita y la cosa no me gustó. Casi siempre que los perros laten de noche es porque están viendo alguna alma en pena... y como en esos días estaba pa morise ñor Sebastián Retana, se me metió que por allí debía andar buscándome pa pedime perdón de un falso que me bía alevantao...

Muy sin ganas salí de la cama; más, empujaó por Mina, que por mi valentía; busqué una linterna y el patechancho; encendí un fósforo y prendí la candela pa ime alumbrando el camino; del espaldar de la cama escolgué un "añusdei" y me lo guindé del pescuezo... Armao en cuerpo y alma me eché al solar. La noche estaba de negra que se tragaba al más cuadro! Era aquello la mismísima boca del purgatorio!... Los perros me olfatiaron y vinieron a metésemme entre las piernas, gruñendo como si estuvieran viendo al mismo diablo... Recé un "padrenuestro" y grité con todas las juersas que el miedo me permitía ocupar:

—¿Quién anda allí?... Naide respondió: oyí como patiendo hojas; y de pronto, vi que de una cepa de guineo salió una luz y se metió cafetal adentro!... me encandilé, me temblaron las canillas, y un sudor helao me bajó espinazo abajo... sin pensar siquiera, alevanté el revólver y lo "ordeñé"... la luz se apagó deseguida y se dejó oír un quejido largo, largo y feo, como de ánima en pena... besé el "añusdei" y sin saber ni cómo, pude decir:

—En el nombre de la Santísima Trinidad; siés ánima del otro mundo que diga a lo que ha venido!...

Sólo me acuerdo que los segundos se me estiraban y se me hacían siglos!... la negrura de la noche se me estaba metiendo en el alma y en la vista; y el cuerpo no se sosegaba de temblar... pa qué negarlo? tenía un miedo como nunca lo he sentido igual. No se cómo pude volver a gritar:

—¿Quién anda allí?

Volvió a sonar el quejido; más cerca y más triste... luego otra vez; más cerca... hasta que fué apareciéndose una sombra blanca entre las matas de café. Volví a santiguarme... la sombra se me puso al frente... alevanté la linterna y le alumbré la cara:... No pude contememe! qué espanto era aquello!... me estregué los ojos pa ver si era que tenía telilla... pero no; era la pura verdá (¡Aquella sombra era la sombra de Susa!)... Estaba del color de los muertos; tenía todo el cuerpo empapao de sereno y lleno de tierra como si se hubiera revolcao en el suelo!... En cuanto que llegó onde estaba yo, se quedó mirán-

dome con los ojos pelaos como de diunto, y no pudo decime más que "Ay, tatica, enainas me mata!..."

Se esgonzó tuitica y cayó al suelo!...

Ñor Molina jadeaba y martirizaba sus dedos; tal era la emoción del énfasis que había puesto en el relato. Yo lo miraba sorprendido y sin acertar a decir palabra. Tomó un poco de resuello y continuó:

—Ella había oído el trajín de los perros; y como la vaca de ña Petronila estuvo toda la noche bramando al frente de la casa de ñor Retana y dicen que eso es seña de que alguien se muere en la vecindá, quiso salir al patio a ver si veía el ánima del viejo; y se untó lagañas de perro en los ojos... Imagínese usté que babosada, don Cosme!... Y pa qué lo hizo!... Qué ánima ni que albarda vieja!... Lo que vió no se le va olvidar ni después de muerta!... No bía hecho más que untarse las lagañas, cuando se le apareció el diablo, el mismo diablo en persona!... Le hacía muecas y la llamaba con la malicia que sólo el diablo tiene!... La muchacha no tuvo juersas pa resistir y se sintió dominada... sentía que la mirada la jalaba como imán, y se jué acercando hasta que la agarró de las manos, se la arrimó al cuerpo, la apretó y... le dió un porción de besos que la dejaron sin sentío. Estaba de viaje perdía!... Dice la muchacha que aquel diablo güelía a galleticas extranjeras y tenía un cuerpo suave y muy bién tratao... Ya usté imaginase lo que pasó!

Mi esposa no pudo resestir el golpe; se jué amarijando y delgazando hasta que el año justo, cuando nació la creturita que ahora vamos a cristianar, le entregó el alma al Señor! Dios la tenga en la Gloria!

—¿De modo—pregunté yo—que según parece, esa niña es hija de Lucifer?

—Ni dudar!... Y ahora que usté lo sabe, no se si quedrá apadrinarla. Porque asegún dicen, hay peligro de que se apaguen las candelas de la iglesia y se agré el agua bendita que le van a echar en la mollera.

Una duda quedaba en mi mente y quise salir de ella:

—Qué hicieron y qué dijeron sus patrones cuando supieron lo que había sucedido a su hija?

—Los patrones?... Me echaron de la finca!... Parece que don Camilo bía salido esa noche al pueblo y de vuelta se cayó en un zanjón y se metió una estaca en la pierna... Como se estaba sangrando mucho, lo llevaron a la Capital pa que lo viera el dautor. La señora no me volvió a hablar desde entonces, y cogió entre ojos a Susa...

—De todos modos—agregué yo—no temo que se apaguen las candelas benditas ni que se agrie el agua bautismal. El lunes vamos a cristianar a su nieta. Vaya usted con Dios!...

El agua se puso a descansar un rato y permitió a ñor Molina hacer viaje; la luna luchaba por salir de entre los nubarrones que la obligaban a estar oculta, y su luz suave, argentada, iluminó tenuamente las copas de los árboles y los techos que brillaron como encendidos de portal.

Ñor Molina se fué sudando la enorme congoja que le produjo el haber tenido que revelarme un secreto tan espantoso.

Bendito sea Dios!...

Costa Rica, 1941.

Nueva vida...

(Viene de la pág. que sigue).

Hernández Catá. Pero creo que el galardón debía en justicia abarcar a los escritores todos de su idioma, no importa el lugar del nacimiento. Ello respondería cabalmente a aquella su actitud ancha y sin tiempo que le hacía ver ya como limitación repudiable la que el idioma cristaliza. Ello sería una práctica y real confirmación de su estatura de narrador. Ya es hora de que se le vea en su ser verdadero, como figura mayor, por la libertad de su talento y la maestría de su arte, en el campo que cultivó con los mejores ahincos. Si su calidad traspasa las fronteras minúsculas de su isla, su recuerdo de gran trabajador, de tierno maestro de estímulos, debe llegar a todos cuantos puedan ser capaces, por el camino del idioma, de entenderle el magisterio.

El final violento, dolorosamente hermoso, de Alfonso Hernández Catá, le impidió ser es-

*En la ciudad de Nueva York
consigue usted este semanario
con G. E. STECHERT & Co.
3133 East 10 Street.*

Dr. E. García Carrillo

Electrocardiogramas
Metabolismo Basal
Corazón - Aparato Circulatorio

CONSULTORIO: 102 vs. al Oeste de la
Botica Francesa

Teléfonos: 4328 y 3754

pectador de este instante del mundo. Sería traicionar la cultura y el arte—sus dos grandes preocupaciones, sus amores céntricos—no encender, a su recuerdo, la conciencia de nuestro deber de gente de arte y de cultura, de hermanos de su ansia y seguidores de su amor. Una de sus últimas cartas me lo mostraba profundamente preocupado del avance terrible de las fuerzas oscuras de la regresión. Con la sagacidad del artista y la previsión del sabio, se dolía alarmado de la pasividad de los que estaban llamados, por postura y por conciencia, a detener el crimen. Hoy compartiría nuestra angustia y nos acompañaría en nuestra esperanza. Hoy latiría su corazón con el del hombre que desde Moscú y desde Londres defiende la cultura a precio de la vida. El sabría como pocos,—sabio y artista,—señalar el crimen y confiar en su castigo. Hombre de información y de imaginación, nos daría ahora la visión de la matanza sin semejante y el perfil de la sociedad en que ha de terminar, la imagen de la ciudad posible en que la cultura ha de ser la natural y universal proyección del hombre porque se habrán roto las sujeciones miserables que entraban el vuelo del pensamiento y las aventuras libérrimas del arte.

Compañeros: Nos ha reunido junto a esta tumba el esfuerzo ejemplar de un gran trabajador de la cultura y la obra rica y cuantiosa de un artista. Corre peligro grave en el mundo la posibilidad de hombres parejos, la continuidad de aquella obra y de aquel esfuerzo. Por ello, honrar a Alfonso Hernández Catá es una manera plena de salvar lo mejor del hombre: su libertad para crear y su creación para ser libre.

EDITOR:
J. GARCÍA MONGE.
CORREOS: LETRA X
TELEFONO 3754
En Costa Rica:
Suscripción mensual \$ 2.00

Repertorio Americano

SEMANARIO DE CULTURA HISPANICA

El suelo nativo es la única propiedad plena del hombre, tesoro común que a todos iguala y enriquece, por lo que para dicha de la persona y calma pública, no se ha de ceder ni fiar a otro, ni hipotecar jamás. — José Martí.

EXTERIOR:
UN TOMO: \$ 3.00
DOS TOMOS: \$ 5.00
oro am.

Giro bancario sobre
Nueva York

Nueva vida de Hernández Catá

Por JUAN MARINELLO

(Envío del autor. — Palabras leídas en el acto efectuado en el Cementerio de Colón de La Habana, al cumplirse el primer aniversario de la muerte de Alfonso Hernández Catá, 9 de noviembre de 1941).

Un año no es bastante para tener, ida la presencia corporal, la esencia válida de un hombre. Mucho menos si, como en el caso presente, a la emoción turbadora del juicio se suma el dolor rebelde y amargo de la desaparición prematura. Una tumba recién abierta no es el mejor lugar para la estimativa estricta ni un grupo de amigos doloridos el auditorio propio para la crítica responsable. No nos hemos congregado aquí para medir merecimientos de quien los tuvo muy cuantiosos sino para confirmar, con la presencia de sus más fieles estimadores, la existencia de esos merecimientos.

Yo no creo, como otros, que son inútiles las palabras de recuerdo con que se cuentan los aniversarios. En casos como el de Alfonso Hernández Catá pueden significar singular servicio. Son como el arranque intenso de recuentos más plenos, como puntos de partida, necesariamente enérgicos y ansiosos, de las carreras de larga ambición. Muchas veces, cuántas, ha faltado a los hombres singulares ésta como vigilancia de su calor, ésta como conservación de su aliento, que los salvan de los rumores demasiado humanos que levanta la muerte, que sostienen la vigencia de un nombre y de una obra hasta entregarlos, limpios de rondadores heridos, a las medidas serenas del juicio sin contienda.

En el caso de Hernández Catá hay razones para dar vigor y sentido a estas recordaciones emocionadas y cercanas. Nuestro gran escritor desapareció en un instante de bella plenitud; hubiera podido darnos todavía su mejor cosecha, aquella en que el hervor de la ambición artística cuaja en moldes anchos y firmes, en que se dice más de lo que se quiere y se quiere más de lo que se dice. Hay por ello en el final de nuestro escritor como un calor que no ha mermado, como un latido que ni merece ni permite los juicios distantes.

Mi última conversación con Hernández Catá me dejó la impresión del artista que se apresta a realizarse en materia definitiva. Fué en el ámbito jadeante de calidez creadora de su Río de Janeiro trágico. Había en su palabra decisión y miedo, el impulso de la creación, siempre en él robusto y ambicioso, y el temor responsable de quien sabe que se acerca a la tarea culminante. Hernández Catá fué ante todo y sobre todo, lo saben cuantos le conocieron la entraña, una angustiosa conciencia artística. Todo hombre tiene, cuando lo tiene, un trabajo primordial en el que echa a

andar sus capacidades más genuinas. Nuestro novelista dió todas sus potencias al logro de una obra literaria de altas calidades. En sus últimos días, así me pareció sentirlo en la charla inolvidable de Río, su noble querer de perfección había llegado a la ansiedad torturadora. Quería sentir el temblor sagrado de la creación con la ansiedad de un principiante en que estuvieran todos los recelos sabios de un maestro. Había en aquella ansiedad una patética hermosura. Se trataba nada menos que del cumplimiento de su destino. El niño consentido, el adolescente desvelado de esperanzas milagrosas, que nunca murieron en Hernández Catá, estaban allí, frente al ansia virginal de la página que va a comenzarse y de la que puede venir el malogro o la consagración. (Quisiera no haber escrito nunca nada, para gozar ahora la gracia del inicio, me decía.) Y junto al niño voluntarioso y al lado del adolescente en carne viva, el maestro vigilante de la travesura, la precipitación y el desvío. La experiencia varia y compleja, vivida siempre por entendimiento artístico, no había amargado la sangre del hombre ni la tinta del escritor. En la queja, que quería ser desolada, soñaba, y dominaba al fin, el ímpetu de creación y la impaciencia de crear bellamente, que fueron las razones motoras y esenciales de su vida.

Este acabamiento súbito, en la posesión de todas las potencias y sin rendir la mejor tarea, otorga al caso de Hernández Catá una significación viviente, activa, dinámica. Yo he imaginado,—imaginar es un deber frente a un imaginador insuperable,— que el modo de muerte que le tocó, y que con tanta justicia nos aflige, hubiera sido para él, en su perfil simbólico, muerte querida. El nos dió su mejor libro en *La Muerte Nueva*. Lo fué la suya, pero en un sentido distinto y opuesto al de su narración hermosísima. En su novela hay un acabamiento consciente, una sombría renuncia anticipada: se siente, bajo la piel de los héroes solitarios, el hervor pugnaz de la vida, se toca el curso de la sangre eficaz y a todo se oprime con piedra de sepulcro: la muerte nueva, la muerte en la vida, en el latido animal que en soliloquio amargo ha renunciado a sus deberes. La muerte de Alfonso Hernández Catá es, en cambio, como una vida nueva; es un vuelo que se rompe en el instante de alcanzar el más alto objetivo, es el ímpetu maduro y firme que muere viviente, inacabado, operante, inmortal. Ni la muerte cuando no hemos dado



Alfonso Hernández Catá

la muestra de la medida posible, ni el acabamiento cuando nada queda por ofrecer: la muerte en sazón singular, cuando puede otorgársele superior sentido trágico al corte violento de la vida porque, conociéndose la calidad de lo rendido, se da precio alto y justo a lo que queda callado por la muerte. Por ello, yo me atrevo a creer que si a Alfonso Hernández Catá se hubiera dado a escoger,—fuera de su cuerpo, visto su caso en una perspectiva ancha y sin tiempo, digna de su espíritu,—su modo de muerte, hubiera señalado hacia el vuelo roto colmado de su propia fuerza, que apunta a la mejor altura con los títulos de quien ha sabido volar mucho y que deja imprecisa y sin imagen—imaginable—la parábola abierta de la realización perfectible.

La obra de Alfonso Hernández Catá, universal y nuestra, resiste, y ya es medida exigente, la comparación con su propia posibilidad superadora. Lloramos mucho su muerte nueva por lo que tiene de vida preciosa. Nos arde por dentro su sangre rota porque hemos penetrado el calado de su huella y visto en cada paso de su planta una hondura más cabal, más sangrante, más nuestra, de una cercanía ahincada en lo humano universal. Por ello, nos parece que se llevó un poco de nuestro mismo plasma ansioso, que todos hemos muerto un poco en su muerte.

Hay un modo de completar la vida de Alfonso Hernández Catá, hay una manera de continuar su huella, de lograrle, por fidelidad a su ímpetu, el rendimiento pleno. Su más honda huella fué la del cuento. Los que viven y los que vengán tendrán que andar por ella. Nuestro idioma, en sus dos orillas atlánticas, tomó enaltecimiento histórico en los cuentos de Hernández Catá. Inquietemos en la nueva creación, en los cuentistas nuevos, su querer de obra perfecta. Nada podría serle más grato, nada puede responder mejor a su anhelante maestría. Yo creo por ello certerísima la iniciativa noble, como hija de la devoción ejemplar de Antonio Barreras, de instituir, para las mejores narraciones nuevas, el Premio

(Pasa a la pág. anterior).

COMPRESUS MUEBLES EN EL
Mueblería EL HOGAR,
Situada 200 vrs. al Este de la Iglesia del Carmen.
Apartado 1384 — Teléfono 3339